

1-1-2010

Angustia, soledad y suicidio: acercamiento a la novela Las Horas

Gonzalo Alberto Sabogal Moreno
Universidad de La Salle, Bogotá

Follow this and additional works at: https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras

Citación recomendada

Sabogal Moreno, G. A. (2010). Angustia, soledad y suicidio: acercamiento a la novela Las Horas. Retrieved from https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/324

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Facultad de Filosofía y Humanidades at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

ANGUSTIA, SOLEDAD Y SUICIDIO:

Acercamiento a la novela *Las Horas*.

GONZALO ALBERTO SABOGAL MORENO

30042753

**UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES**

Bogotá, D.C. Junio

2010

ANGUSTIA, SOLEDAD Y SUICIDIO:

Acercamiento a la novela *Las Horas*.

GONZALO ALBERTO SABOGAL MORENO

30042753

Trabajo de grado para optar al título de Profesional en Filosofía y Letras:
Directora: Prof. **LIDA ESPERANZA VILLA.**

UNIVERSIDAD DE LA SALLE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

Bogotá, D.C. Junio

2010

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I. PADECIMIENTO Y EXISTENCIA DEL SER ARROJADO	8
1.1. RELACIÓN DEL SER ARROJADO Y LOS ESTADOS DE ÁNIMO	8
1.2. EL INCONVENIENTE DE LA COTIDIANIDAD	11
1.3. LA IMPOSIBILIDAD FRENTE AL MUNDO	15
1.4. DESESPERACIÓN E IMPOTENCIA ANTE LA APERTURA	21
CAPÍTULO II. LA SOLEDAD Y LA RELACIÓN CON EL SER	27
2.1. SOLEDAD COMO POSIBILIDAD DE SER	28
2.2. IMPOSIBILIDAD DEL AMOR Y SOLEDAD	38
CAPÍTULO III. LA EVASIÓN Y EL SUICIDIO	41
3.1 ANGUSTIA Y SUICIDIO	43
3.2.EL SUICIDIO COMO EVASIÓN.....	48
3.3.EL SUICIDIO CONSUMADO	56
4. CONCLUSIONES	67
5. BIBLIOGRAFÍA	69

AGRADECIMIENTOS

A la Profesora Lida Villa. Por el tiempo, por los consejos, por el apoyo incondicional, por enseñarme que a pesar de los inconvenientes y de la *angustia* siempre se puede ver más allá.

A mi familia y amigos que han soportado muchas de las dudas y preguntas existenciales de mi vida, un gran aprecio y un recuerdo.

A ese alguien especial

INTRODUCCIÓN

La vida esconde un significado que está oculto y vedado para la mayoría de las personas, no muchos se atreven a develar ese misterio infinito que encierra la existencia; la mayoría se dedica a vivirla a plenitud, otros a buscarle significado, pero existen cosas, circunstancias al parecer nimias que hacen ver un poco más allá de la simple acepción de vida. Un libro por ejemplo, la simple lectura permite una nueva perspectiva, una nueva posición ante la existencia. Este trabajo pretende a partir de la lectura de la novela *Las horas*, del norteamericano Michael Cunningham, encontrar algunos elementos que, aunque esenciales en la vida de cualquier ser humano, pasan desapercibidos por ser sentimientos, para muchos dramáticos o sensibles, que no están acorde con el mundo actual, un mundo de acción, de progreso, de efectividad más que de afectividad; pero que en últimas son los que en verdad trascienden, los que realmente le dan sentido no solo a la vida misma, sino también a la literatura, que a lo largo de la historia ha ido de la mano del hombre mismo, mostrando sus más grandes pasiones, como también sus más grandes desencantos y sentimientos. Este trabajo es por tanto una mirada, desde un diálogo literatura y filosofía, al interior del ser humano, una mirada a emociones y afecciones intensas que matizan un poco más el significado de la vida, dándole un toque de amargura y de imposibilidad, puesto que así como la vida puede ser posibilidad, también en algunos momentos puede ser un impedimento, una imposibilidad. Dichos elementos que se pretenden abordar, que se pretenden rescatar de la novela y con los cuales se intenta formar un entramado que toca a cada uno de los protagonistas, tienden a ser acciones y sentimientos que cada ser humano pretende evadir o simular, pero que están inmersos en cada uno de nosotros; dichos elementos son las disposiciones afectivas, la angustia, la soledad y el suicidio. Luego de la lectura de la novela, se hizo patente la necesidad de plantear una mirada a partir de los elementos descritos que muestre una constante de infelicidad y de impotencia en los

personajes principales que, en algunos casos, es la constante de muchos individuos en la actualidad, algunos sabrán sobrellevarla, otros por el contrario se dejarán llevar por sus emociones y por sus frustraciones y terminarán su vida voluntariamente, o se adaptarán al ritmo de vida circundante. Lo importante es señalar que son sentimientos profundos que hacen parte de cada ser humano.

En el primer capítulo se analizan los estados de ánimo, generalmente cambiantes, como la posibilidad de enfrentar, de darle la cara al mundo que ejerce una fuerza aplastante contra el sujeto que pretende hacerse lugar en él. Para ello se intenta hacer una lectura desde la perspectiva de Heidegger del sujeto que es consciente de su ser en el mundo como arrojado, es decir que se siente plenamente en el mundo, en el mundo que le puede ser hostil, pero que le permite tomar partido en él, ya sea de una forma activa o de una forma pasiva mediante una total introspección. Sumado a la noción de saberse un ser arrojado aparece la cotidianidad y la monotonía como elementos que ejercen presión y que hacen que se pregunte por el verdadero significado o pertinencia de su existencia en el mundo. Al plantear los estados de ánimo cambiantes como un primer acercamiento se pretende, a partir de la narración, estructurar anímicamente los personajes principales de la novela con el fin de entender su posición ante el mundo en el que están inmersos.

En un segundo capítulo se aborda la soledad como rasgo inminente en las protagonistas. En la medida en que se identifican como individuos solitarios se pueden percibir posiciones y puntos de vistas que permiten entrever el por qué de sus acciones. Mediante la soledad se pretende dar cuenta de la posibilidad de desenvolvimiento del ser humano tanto consigo mismo como con el otro. Aparece el amor como una manera más de ocultar la soledad, como una forma de escape ante la soledad inminente; si bien se es consciente que el amor es un sentimiento verdadero, se maquilla y se hace simplemente una dependencia para poder sobrellevar la soledad. Si bien todos estamos solos, lo que hagamos con esa

soledad, es algo totalmente personal, se puede maquillar, se puede intentar sobrellevar, en últimas el saberse solo es una constante del ser humano.

Por último se ubican dos posibles salidas a las que puede estar dispuesto el individuo como fruto de las contradicciones de su vida. Se muestra la evasión y el suicidio como posibilidades de desenvolvimiento ante la pregunta existencial que en algún momento invade al sujeto, si bien son dos salidas al parecer extremas, se pretende no sólo entender el por qué de su elección, sino que además se quiere ver un poco más allá de una acepción negativa del suicidio. Para ello se parte de una visión normal y aceptable del término acudiendo a ciertas posiciones filosóficas, todo ello bajo el supuesto que ante un tema de esta magnitud sólo se pueden hacer suposiciones. Se reconoce en *Las horas* el suicidio como una posibilidad frente a la existencia y no como una valoración moral de carácter negativo. De esta manera, quitándole todo el carácter negativo y excluyente, puede verse el suicidio no solamente como un hecho estético relevante en el planteamiento de la novela, sino también como una constante en el pensamiento de algunos personajes que generará posturas diferentes ante el hecho mismo.

CAPÍTULO I

PADECIMIENTO Y EXISTENCIA DEL SER ARROJADO

1.1. RELACIÓN DEL SER ARROJADO Y LOS ESTADOS DE ÁNIMO

La pregunta existencial del hombre puede enmarcarse bajo la constante del desamparo y del desasosiego generada por la relación con su entorno, relación que se torna muchas veces conflictiva. El hombre es parte de un mundo casi siempre hostil, un mundo que le abre posibilidades pero que al mismo tiempo lo obliga al encierro en su propio universo. El mundo mismo le lleva a la introspección, a entablar un monólogo interior donde se manifiestan tajantemente las perspectivas y posibilidades de desenvolvimiento en un universo que le es totalmente ajeno.

Dar cuenta de su soledad, de su impotencia y de su primer sentimiento de desamparo ante el vasto espacio que se despliega ante él, es una de las primeras pruebas de la capacidad del hombre de ver más allá de su cotidianidad. La cotidianidad es el primer elemento del mundo que le brinda al hombre la sensación del absurdo, del sinsentido los que más tarde se convertirán en una constante de impotencia y de incredulidad. La cotidianidad ataca al hombre desde fuera, pero al mismo tiempo le hace volver la mirada a su interior y preguntarse sobre su verdadera razón de ser. Ya que si existen respuestas a esa pregunta existencial éstas obligatoriamente deben salir de su interior, del universo propio creado a partir de sus sueños y de sus anhelos pero también de sus frustraciones y de sus máximos sufrimientos.

Todas estas respuestas tratan de dar cuenta de una sola pregunta que encierra lo que es el ser en su totalidad; la pregunta que en su interior contiene no sólo lo bueno sino también lo perverso que puede salir del individuo; es la pregunta por el hombre mismo, por su existencia. Este cuestionamiento parte del hombre y de su

relación con el mundo, relación que como ya fue dicho se torna en un principio conflictiva. En el momento en el que el hombre es consciente de que es un ser arrojado al mundo, a un mundo incierto y totalmente ajeno que le acoge pero que le exige, muchas veces, más de lo que puede dar siente la imposibilidad y la desazón de no saberse libre, de no sentirse pleno totalmente. Esta sensación de atadura, de encierro no es más que el fruto de la monotonía y de la constante que le imprime la existencia. Se siente atado a un mundo del que le es imposible escapar. Éste es el primer indicio de inconformidad y de impotencia ante lo que le rodea: el saberse ligado a un mundo, sentirse en una situación de encierro y clausura donde la monotonía y la repetición de días le sumen en un estado de quietud, en una especie de letargo en el que las posibilidades se reducen y le dejan en la penumbra de su propia existencia. La única luz aparente en ese mundo de sombras es la posibilidad, la certeza de saberse arrojado, arrojado a la cárcel en que se convertirán los días con sus horas y sus minutos al parecer interminables y tediosos.

La connotación de arrojado no sólo le imprime al hombre sentimientos de ruptura y de cambios drásticos, sino también una estremecimiento de desolación y de incapacidad extremas, que más adelante se convertirá en un padecimiento, en un sentimiento de ninguna parte que le acompañará el tiempo que dure su existencia, tiempo que dependiendo de la intensidad del tormento podrá ser el normal o natural, eso sí llevado con una intensidad tal que sólo el que vive en padecimiento constante puede llevar; es decir, cargado de emoción y de frustración por un lado, por otro el tiempo que él mismo se imponga bajo su total y libre albedrío, claro que el libre albedrío no es más que el que lapso que le es dictado por su propio sentimiento, por el pathos que él mismo se encarga de exteriorizar y convertir en acción. Este padecimiento se deriva del primer contacto del hombre al saberse arrojado, ya que la primera respuesta sensitiva del hombre ante el mundo al que fue arrojado es la desolación, una sensación de ningún lugar que le embriaga y le absorbe.

Es así como aparecen los primeros esbozos de la pregunta existencial en el sujeto, la pregunta que recoge sus sentimientos de desolación y de exclusión ante el mundo extraño al que pertenece a la fuerza. No es otra cosa que la pregunta que ha rondado al hombre desde que fue consciente del primer posible indicio de su existencia el saberse un extraño en el mundo. Esta es la cuestión que ha tratado de abordar algunas perspectivas literarias, puesto que ella se encarga de recoger esos sujetos, sujetos desesperanzados, ajenos muchas veces al mundo; sujetos que viven en su interior las luchas tremendas de la existencia, que son atropellados por un entorno déspota e insensible a su padecer. La literatura al hablar por esos sujetos anónimos y sensibles al extremo, trata de mostrar no sólo el por qué de su condición, condición de arrojados, sino de mostrar las múltiples soluciones que ese mismo sujeto desesperanzado puede darle a su propia pregunta existencial. Las múltiples miradas que de una misma situación pueden desenvolverse, puesto que la réplica a la pregunta existencial tiene varias respuestas, tantas como los hombres que se atreven a plantearla.

Plantear la pregunta por la existencia remite obligatoriamente hacia manifestaciones que son propias del ser y que dan cuenta de su sensación de arrojado, las cuales se exteriorizan mediante actitudes y perspectivas propias de sujetos que padecen en su interior los tormentos de la existencia. Manifestaciones que no son más que la exteriorización de estados inherentes al propio sujeto, de sentimientos que se incuban en el centro del sujeto y se traducen como posiciones particulares de enfrentar el mundo. Los estados de ánimo, como manifestación del interior del sujeto, se convierten para el hombre en la única arma que cuenta para librar su batalla existencial o por el contrario se tornan en un detonante de una posible acción suicida, en el caso particular en que la pugna interior sea tal que le lleve a claudicar. Los estados de ánimo, cambiantes por naturaleza, permiten que el hombre tome conciencia de su estar en el mundo; es por ellos que logra hacerse una idea de su entorno y de las posibilidades que tiene ante él. La

adopción o la exteriorización de dichos estados anímicos depende de la relación con el mundo y de la intensidad en que dicha relación se presente.

Es precisamente mediante la representación o exteriorización de los estados de ánimo donde el ser toma una posición radical con respecto a su estar en el mundo. El estado de ánimo permite al sujeto sentirse parte del mundo, sentir sus opresiones y sus bajas. De esta manera es como la correspondencia del sujeto con el mundo que le rodea sumado a la exteriorización de sus estados de ánimo le dan las bases para dar cuenta clara de su relación con el mundo. Esta proporción sujeto, estados de ánimo, relación con el mundo se convierte en el primer paso para el análisis del universo interior de los personajes de la novela *Las horas* del escritor norteamericano Michael Cunhigham.

Las horas es una novela que de manera desgarradora y conmovedora narra las miserias y las alegrías de tres mujeres que viven, o tratan de vivir, sus vidas en tres momentos históricos diferentes. Mujeres que partiendo de la cotidianidad se hacen a un mundo, a una posibilidad de vida y desenvolvimiento. Fracasos, soledades, alegrías, sentimientos cotidianos son las constantes de estas protagonistas que les basta sólo un día de sus vidas para mostrarnos todas la frustración de su existencia.

1.2. EL INCONVENIENTE DE LA COTIDIANIDAD

Laura y Clarissa, dos de las tres mujeres sobre las que se desarrolla la narración, aparecen como la muestra clara de los deseos contrarios y de las alegrías momentáneas pero insignificantes. Laura, por ejemplo se debate entre una vida al parecer segura y llena de comodidades; está rodeada de amor y de placeres simples, su existencia transcurre en un hogar fruto del amor y de una aparente confianza, cuenta con un marido que la ama y la necesita, con un hijo que la adora

por sobre todas las cosas que ve en ella el faro necesario para encontrarse y poder vivir. No tiene más preocupaciones que las necesarias de un ama de casa de finales de los años cuarenta, rodeada de una tranquilidad disimulada que por el momento la lleva a sentirse segura en una sociedad que acaba de pasar una guerra atroz, donde todos al parecer vuelven a sus hogares a seguir la vida que merecen junto a mujeres complacientes y amorosas. Entre ellas Laura, que puede pasar por la mujer ideal, que vive la vida que muchas envidiarían, pero quien en su interior alberga la contradicción y el sufrimiento silencioso que poco a poco se convertirá en el motor de su vida.

Por otro lado en una época diferente, pleno siglo XXI, Clarissa se desenvuelve en una vida de comodidades y derroches, ama profundamente su vida y todo lo que de ella se desprende. Tiene una relación estable con una mujer a la que ama y quien la ama profundamente, una hija a la que adora, pero con la cual no tiene la relación idílica que quisiera tener. Cuenta además con un amigo entrañable, el cual se convierte en su verdadera razón de vivir, puesto que él le recuerda la felicidad y la posibilidad de la vida en sí misma. Vida que se convierte en una sensación paradójica puesto que Clarissa asiste y compadece la decadencia de aquel a quien ama, puesto que este amigo se encuentra mortalmente enfermo. Este proceso de compañía y de cuidado le recuerda la felicidad perdida, la plenitud vivida en un pasado eterno, que se convertirá en su verdadero destino, vivir en un pasado, recordar todo lo que ese pasado prometía y hacer que su vida de comodidades y de alegrías se fragmente en sentimientos y placeres contradictorios.

Estos personajes se encuentran sumergidos en una constante lucha interior entre aquello que desean, aquello que creen y aquello que les toca vivir. Cada uno a su manera muestra su miseria y su sensibilidad de una forma particular, que permite presenciar y considerar un sinnúmero de sentimientos y de expresiones cambiantes y emotivas que parten siempre de lo más hondo de cada personaje.

De allí que los momentos más hermosos y dramáticos de la narración se presentan de manera interior, como un largo diálogo íntimo representados acertadamente mediante una introspección. Es este adecuado manejo de la interioridad de los personajes lo que permite un acercamiento real, casi palpable a los estados de ánimo y a los más hondos sentimientos de los personajes. Clarissa, por ejemplo se debate desde el comienzo de la novela entre las posibilidades maravillosas e infinitas que se despliegan ante ella, posibilidades que le llegan de una ciudad y de una vida que le deparan bienestar y felicidad (aparentes en cierto modo); ciudad y vida que ama profundamente. Este debate interno puede verse detalladamente cuando del centro de su ser fluye incansablemente la conciencia de su propio yo que le imprime la seguridad (o inseguridad) de su permanencia en el mundo o en otras palabras la hacen sentirse parte de un mundo, parte de algo real que la agobia y la toca directamente:

Sin embargo, siente que este amor indiscriminado es absolutamente serio, que todo el mundo forma parte de una intención vasta e inescrutable, que todo en el mundo tiene su propio nombre secreto, un nombre que no se puede transmitir a través del lenguaje pero que es simplemente la visión y la sensación del objeto mismo. Piensa que esta fascinación decidida y pertinaz es su alma (una palabra vergonzosa y sentimental, pero ¿cómo más llamarla?) la parte que presumiblemente sobrevive a la muerte del cuerpo. (Cunningham; 2000, 22)

Este fragmento muestra uno de los grandes monólogos interiores que los personajes pronuncian como parte esencial de su ser. Como si en esa introspección, en esa interiorización encontraran la posibilidad de decir las cosas como realmente las sienten, sin necesidad de máscaras o rótulos sociales que necesariamente trae consigo el contacto directo con otro. Pero, por otro lado nos acerca a la interioridad de Clarissa, en su interior se muestra claramente una necesidad de vivir, un amor indescriptible por todo aquello que la rodea, amor que se traduce en acciones, en la simplemente acción de vivir expone que es amor lo que la impulsa a hacerlo. Ama de una manera ingenua, de una manera veraz e

incondicional, como si amara todo lo que la rodea por el sólo hecho del amor mismo, ama su vida por amor.

Es justamente en la interpretación de los largos monólogos interiores de los personajes donde se puede dar cuenta de la intensidad de sus días, lo agudo de sus miedos y lo profundo de sus dudas existenciales. De ellos se deriva el reconocimiento tanto, de los estados de ánimo, como de las disposiciones afectivas. La relación del ser-ahí con las disposiciones afectivas aparece como un relación de lucha de contrarios, generalmente entre estados de alegría y de desesperación profunda, puesto que el Dasein es arrojado al mundo, arrojado a un espacio determinado donde tiene la necesidad o la probabilidad de ser. Estas categorías: estados de ánimo, disposición afectiva; serán vistas bajo la luz de Heidegger en *Ser y tiempo*, creemos necesario aclarar que dichas categorías responden directamente a las cuestiones que se derivan de la lectura de la novela y del análisis de sus personajes esenciales. Al Dasein le es inherente su disposición afectiva tanto en la medida en que está consciente de su estar-en-el-mundo y precisamente, esa conciencia genera la forma en que la disposición afectiva se muestra: *el estado de ánimo o el temple anímico*. El estado de ánimo sobreviene a cada sujeto, es la muestra clara de sus sentimientos y de sus anhelos. Aquel estado de ánimo *manifiesta el modo “como uno está y cómo a uno le va”*. *En este “como uno está”, el temple anímico pone al ser en su “Ahí”* (Heidegger, 2003; 159), en el momento en el que el ser siente una disposición afectiva hacia algo, está reforzando su posición de ser-en-el-mundo, está fortaleciendo su papel de *arrojado*, como también sus posibilidades de conocimiento y de acción que se despliegan ante él. Los estados de ánimo contrarios que se presentan mediante la disposición afectiva heideggeriana son una muestra clara de la verdadera naturaleza y del verdadero fin que tienen para el Dasein, *«el estado de ánimo nos sobreviene. No viene ni de “fuera” ni de “dentro”, sino que, como forma de estar-en-el-mundo, emerge de éste mismo»* (Heidegger, 2003; 161).

La importancia de las variaciones de los estados de ánimo radica en que por medio de ellos el Dasein se forma una idea de sí mismo y es capaz de encaminarse hacia alguna parte, en la medida que siente que su estar-en-el-mundo le sobreviene de una manera natural y que se subsumen mutuamente. La necesidad de apertura luego de sentirse-en-el-mundo unido con los estados de ánimo hace que el ser-arrojado tome verdadera conciencia de sí y sea considerado plenamente como Dasein. Estas son dos de las posibilidades que los estados de ánimo brindan al ser, le ofrecen la posibilidad de saberse arrojado, pero al mismo tiempo le permiten conocer-se y ver-se como un ser- en-el-mundo en una totalidad, ambas igual de importantes para la existencia y coexistencia del Dasein (cfr. Heidegger: 2003; 161).

La forma como los personajes se apropian de su estado de ánimo, su “cómo les va” es el resultado de la contienda interior que el ser libra con sus propios demonios; son el resultado de la relación directa con el mundo hostil y con los otros que le rodean. Cada personaje trae consigo la cruz de su cotidianidad y de su diario vivir, esa es la muestra clara de cómo se presentan ante el mundo.

En Laura por ejemplo se manifiestan los estados de ánimo, ese resultado de la lucha, de una manera desgarradora y sentimental, el *cómo le va* de Laura es la consecuencia de su inconformismo, como también de la impotencia ante el mundo al que pertenece ¿cómo le va a Laura? A Laura *le va* viviendo una vida que no desea y que no quiere llevar. Laura *está* aprisionada en una vida ajena, una vida que no le pertenece y a la que no pertenece.

1.3. LA IMPOSIBILIDAD FRENTE AL MUNDO

Quien va a morir está ya muerto y no lo sabe, Que hemos de morir es algo que sabemos desde que nacemos, Por eso, en cierto modo, es como si ya hubiéramos nacido muertos,

JOSÉ SARAMAGO

Para Laura Brown no es suficiente la comodidad y el amor que le depara su familia. Este amor y este falso bienestar se convierten para ella en el primer indicio de inconformidad, le hacen pensar en lo insoportable de la cotidianidad. Por momentos es consciente de su verdadero papel, del papel de madre y de esposa y logra desenvolverse, pero en la medida en que siente que esto no es lo que realmente espera, la contradicción se apodera de sus emociones y de sus acciones. La vida de Laura Brown manifiesta tajantemente la sensación de desasosiego, la naturaleza cambiante de quien está en el mundo viviendo una vida que no se desea pero que se tiene que llevar. En ella además se expresa la sensación de impotencia y de cambios drásticos en el estado de ánimo. Partiendo de la cotidianidad a la que la empuja su existencia de madre y de esposa, la vida de Laura aparece como la impotencia y la desazón en sí mismas. Ante Laura se presenta la posibilidad de la evasión como una ayuda para enfrentar los estados de ánimo contradictorios de su interior “Laura Brown está tratando de perderse. No, no exactamente, está tratando de conservarse ganando acceso a un mundo paralelo” (Cunningham; 2000,43). Esta primera evasión puede ser tomada como una posibilidad que se deriva de la relación dialéctica entre las contradicciones opuestas de los estados de ánimo. El sujeto es consciente de la imposibilidad de ser y en medio de la contradicción de sus estados de ánimo aparece la evasión como una primera acepción o acercamiento a la posibilidad del suicidio.

En Laura la desazón y el miedo desconocidos se presentan como una presencia casi palpable, como un breve sentimiento que le susurra que la vida no es como se quiere y que la nada y la impotencia reinan en el mundo:

Pero cuando abrió los ojos hace unos minutos (¡ya son más de las siete!) –cuando aún no acababa de salir de su sueño, una especie de maquinaria latiendo en la lejanía, un golpeteo regular, como un corazón gigante, que aparentemente se

acercaba- la rodeó la sensación de frío y humedad, *la sensación de ninguna parte*, y supo que iba a ser un día difícil (Cunningham; 2000, 43).

Esa sensación de ninguna parte permiten un acercamiento a la sin razón de la existencia, la sensación del mundo hostil al que se es arrojado. Laura se encuentra enfrentada a las pugnas interiores de una manera intensa y desgarradora, piensa que todo a su alrededor es gris y frío, su relación con el mundo se traduce mediante la exteriorización de ese viento gélido que congela sus días y sus emociones, convirtiéndola en una especie de estatua de ser rígido inmune a cualquier otro sentimiento, no porque no los desee o no los necesite, sino simplemente porque no puede alejarse de ese ambiente de humedad impasible al que la obliga su propia naturaleza de sentimientos y emociones contrarias.

El sentimiento de desazón será la constante de la vida de Laura, que busca en la lectura una vía de escape que le permita enfrentar los tormentos de su ser. La lectura le produce la sensación de poder encontrar un norte en su existencia, de encontrar un lugar donde estar a salvo de las posibles miradas que le juzgan, por sentirse con un sentimentalismo superior al de los demás, un lugar donde poder expresar sin ataduras sus más profundos lamentos, sus más entrecortados llantos, como también sus más bulliciosas alegrías. Es precisamente en la lectura en ese mundo paralelo donde encuentra el estado ideal. Un estado en el cual refugiarse, sentirse segura en su propia desesperación. El lugar seguro en que sus estados de ánimo pueden cambiar sin alterar perceptiblemente el mundo que inevitablemente gira a su alrededor.

De allí que quiera por sobre todas las cosas internarse en el mundo ideal e idílico que le depara el leer; dejar a su alrededor todo como está, percibir en esos cambios la necesidad del lugar seguro, que por el momento, le da la lectura. “Laura enfrenta a su hijito que la mira con nerviosismo, con suspicacia, con

adoración. Ella se siente sobre todo cansada, quiere más que nada regresar a su cama y a su libro. De pronto siente que el mundo, este mundo, está aturdido y atrofiado, lejos de todo". (Cunningham; 2000, 112). La desazón se presenta cada vez que ella necesita ser lo que no quiere ser, ese es el temple de su estado de ánimo, debatirse entre lo que es y lo que no quiere ser, estados totalmente opuestos que la empujan a refugiarse a desviarse del curso natural de la vida que le toca llevar. Encontrar una salida, no quiere más de lo que tiene, no quiere más amor incondicional de su hijo, quiere sentirse sola sin la responsabilidad que le depara el sólo hecho de ser madre, de darle a otro las cosas que le faltan a ella. El mundo ordinario para ella es cruel, está infectado de soledades y vacíos, ni siquiera el amor puede arreglarlo, es un mundo al extremo incompatible con su naturaleza. Sin embargo puede sentir que si escapa, que si se rinde al placer extremo que la lectura le brinda puede de alguna manera dejar de sentir el odio y la inconformidad que siente hacia todo lo que la rodea, que puede amar a su hijo, amarlo con toda el alma, sin necesidad de sentir la repulsión que le genera el sentirse amada y no poder corresponderle. Es en ese momento donde su ser se siente presente y constante en el mundo, como la presencia que se hace real mediante la negación. Negación que, como ya fue dicho aparece en el momento de saberse entre dos polos opuestos donde se busca un lugar seguro para encontrarse con su verdadero ser.

En consecuencia, podemos encontrarnos con la pregunta existencial que ronda a cada uno de los personajes y que busca diferentes rutas para exteriorizarse. Los personajes de *Las Horas* están atrapados en la contradicción de sus sentimientos, pero de alguna manera sus estados de ánimo cambiantes los obligan a pensar en momentos en una salida, una búsqueda de lugares donde puedan sentirse más tranquilos, sin la lucha constante que les es inherente por el hecho de estar vivos, inmersos, arrojados en el mundo. Cómo si por unos instantes pudieran verse libres de la carga existencial que los agobia, buscar en unos segundos de refugio la

tranquilidad que la cotidianidad les niega. Cada uno a su manera pretende ese momento, ese lugar al margen del mundo real.

Para Laura es el refugio del libro, mientras que Clarissa pretende en el pasado, en la nostalgia y la añoranza rescatar el momento de su vida en el que se sintió plenamente feliz. No en el momento donde se encuentra ahora, que si bien le proporciona seguridad y algo de tranquilidad, en nada se parece al momento pasado donde se sintió ella misma. Es precisamente mediante el monólogo interior donde por manos del autor entendemos y asistimos a la inmensa tristeza de Clarissa al recordar el pasado y ver que allí justamente dejó una parte importante de sus alegrías, es necesario entonces oír directamente, entender el por qué de su inconformidad presente:

Había sido como el comienzo de la felicidad y Clarissa aún a veces siente el impacto, más de treinta años después, de darse cuenta de que *era* la felicidad; de que toda la experiencia residía en un beso y en una caminata, en la anticipación de la cena y de un libro (...) Lo que sigue intacto en la mente de Clarissa más de tres décadas después es un beso al ocaso en un parche de pastos eco y una caminata alrededor del lago mientras los mosquitos zumbaban en el aire que se oscurecía. Esa perfección singular sigue estando ahí, y es perfecta en parte porque en ese momento parecía prometer mucho más. Ahora lo sabe: ése fue el momento, justo entonces. No hubo otro. (Cunningham; 2000, 99)

Su salida consiste en aparentar, en pensar que todo está bien en el momento, pero es claro que en su interior no lo está que no lo va estar, que tiene que seguir en este mundo, rodeada de placeres simples y sencillos que le permitirán suplir de alguna forma la sensación de ninguna parte que a veces le embriaga y le hace pensar y añorar el pasado perdido para siempre. Pasado que se presenta intempestivamente con solo oír el más leve murmullo, con solo cruzar una calle y encontrar una silueta similar a alguna vista años atrás. Estos recuerdos la constriñen dado que es en el pasado donde reside su ser, su verdadero ser, que al

parecer se inmortalizó un día pretérito quedando congelado, viniendo cada momento a su memoria, para recordarle que nada de lo que haga o deje de hacer cambiará lo más mínimo, porque su felicidad pasó, le fue arrebatada por el tiempo mismo, por el tiempo que todo lo puede, todo lo cura, pero que también todo lo engrandece y destruye. Este, el tiempo, deja sólo el amargo sabor que le recuerda que todo fue perdido, y que sin importar lo que hagamos el tiempo seguirá su marcha irreversible y pesada, repetiremos para siempre la sentencia de Yourcenar (1983), en su libro Fuegos, al referirnos a un episodio que pasó “hace seis días, hace seis meses, hizo seis años, hará seis siglos... ¡Ah! Morir para detener el tiempo”.

De este modo, el tiempo sólo nos deja la constancia que la muerte lo puede todo, lo borra todo, solo ella ganará la batalla, sólo ella será la vencedora de todas nuestras luchas existenciales, sólo en ella descansamos de todos los sufrimientos y esfuerzos innecesarios por los que pasamos en esta vida llena de amargura y de decepciones infinitas. Pero además de la certeza que nos da la muerte como final, entre otras cosas del tiempo, cabe preguntarnos ¿qué tiempo acaba la muerte? La muerte como acontecimiento netamente personal acaba con un tiempo presente, con mi tiempo, el tiempo de aquel que muere. Este tiempo bien podría remitirnos a la acepción del ser-ahí heideggeriana en la cual:

por ser-ahí se entiende el ente en su ser que conocemos como vida humana; este ente en el respectivo instante de su ser, el ente que somos cada uno de nosotros mismos, el ente al que apuntamos en la afirmación fundamental: yo soy. La afirmación “yo soy” es la auténtica enunciación del ser que ostenta el carácter del ser-ahí del hombre. Este ente es en el respectivo instante como mío. (Heidegger; 2001, 24)

Si pensamos en el tiempo que acontece a ese ser-ahí como instante presente, obligatoriamente será negado y anulado con la muerte. Pero la realidad del tiempo sobrepasa todo concepto que sobre él podamos construir, la vida sigue

inevitablemente sin importar si alguien muere, porque el tiempo sigue y seguirá para los que queden. Lo importante es entender la importancia del tiempo presente, del tiempo de vida, ya sea como una acumulación de pasado o como una expectativa de futuro, en palabras de Heidegger: *El ser-ahí, como vida humana, es primariamente ser posible, es el ser de la posibilidad de un seguro y a la vez indeterminado haber sido* (Heidegger, 2001, 34). En esta contingencia radica no sólo la posibilidad de posibilidades que es la muerte, sino que además se despliega todo lo que el ser-ahí, puede o debe hacer en el lapso de tiempo que dura su vida:

El ser-ahí es propiamente cabe sí mismo, es verdaderamente existente, cuando se mantiene en dicha anticipación. Esta anticipación no es otra cosa que el fruto propio y singular respectivo del ser-ahí. En la anticipación el ser-ahí es su futuro, pero de tal manera que en este ser futuro vuelve sobre su pasado y su presente. El ser-ahí, concebido en su posibilidad más extrema de ser, no es en el tiempo. Se derrumba toda habladuría y aquello en lo que ella se sostiene; se derrumba todo desasosiego, todo trajín, todo bullicio y todo ajeteo. No tener tiempo significa arrojar el tiempo al mal presente de la vida cotidiana. El ser futuro da tiempo, forma el presente y permite reiterar el pasado en el “cómo” de su vivencia. (Heidegger; 2001, 45)

De esta manera podemos pensar que el tiempo no es nada más que lo que es inherente al sujeto, más allá de ser el lapso de posibilidades, es aquello que se va diariamente acercando al final, a la posibilidad más grande, a la nada, de allí que el sujeto se sienta perplejo cuando da vuelta atrás y vea el tiempo pasado como algo perdido, sin pensar que simplemente son acontecimientos que tienen que suceder para acercarlo cada vez más a la nada que tiende.

1.4. DESESPERACIÓN E IMPOTENCIA ANTE LA APERTURA

La relación del hombre y sus estados de ánimo claramente se ve como el fruto de la relación que tiene con el mundo y con aquellos que le rodean, esa relación

puede tornarse conflictiva o simplemente opresora. La manera como el exterior afecta al sujeto y a sus estados de ánimo permite que éste sea consciente de la fuerza existencial que lo motiva a preguntarse por su verdadero papel, por sus verdaderas posibilidades o fracasos. Que sea consciente de la apertura que tiene ante el mundo que le imprime una posición, no del todo deseada. Apertura como posibilidad de enfrentarse a las cambiantes condiciones de su estado de ánimo con respecto a la relación con su entorno en general. De allí que podamos decir que mediante la apertura el ser es más consciente de la pequeñez de su existencia y de las posibles sinrazones que derivan su estado de arrojado. Esta apertura es clara en la novela, aparece especialmente en la relación que las protagonistas tienen con el exterior que les es inherente a sus vidas, es decir la manera como se enfrentan, cada una a su manera a esa vida de tensiones, alegrías y frustraciones.

De nuevo es el personaje de Laura quien encarna una constante lucha entre su ser y el entorno en el que está inmersa. Cabe recordar la importancia del concepto de ser-arrojado como una parte fundamental de la pregunta por la posible importancia de la existencia misma ya que:

(...) la disposición afectiva no sólo abre al Dasein en su condición de arrojado y en su estar-consignado al mundo ya abierto siempre con su ser, sino que ella misma es el modo existencial de ser en el que el Dasein se entrega constantemente al “mundo” y se deja afectar de tal modo por él, que en cierta forma se esquivo a sí mismo (...) (Heidegger, 2003; 163)

Un primer acercamiento a este sentimiento generado en Laura es representado mediante la relación directa con su hijo. Laura ama a su hijo, lo ama como una madre puede amar. La lucha aparece en el momento en que se encuentra a solas con él, en ese momento siente la imposibilidad de actuar de la manera correcta, de la manera adecuada. En ese momento justo es donde su vida se le presenta

como la vida que no se ha escogido pero en la que lamentablemente está inmersa. Es clara la desesperación cuando está a solas con su hijo, como una especie de aversión o rechazo. Contradicción que puede ser vista como ese primer rechazo del ser al enfrentarse al mundo en el que fue arrojado, como si esa experiencia de contacto directamente con el hijo le brindara su verdadera razón de ser-en-el-mundo, la cual podría ser reseñada como el rechazo y la inconformidad misma, ella es consciente de su estar-en-el-mundo en la medida en que su rechazo a quien más ama se torna más real e insoportable.

Esta sensación contradictoria de rechazo y de amor, que se reflejan exteriormente como una sensación de imposibilidad y de impotencia, aparecen como la primera sensación evasiva de no pertenecer al lugar al que se fue arrojado, de sentirse extraña en un lugar cotidianamente conocido. Sabe lo que tiene que hacer, sabe claramente cuál es su papel cuando no está sola, “cuando su esposo está aquí, ella se las arregla. Ella lo ve mirando y sabe casi instintivamente cómo tratar al niño (...) Pero cuando se queda a solas con el niño pierde el norte. No siempre logra recordar cómo actuaría una madre” (Cunningham, 2000, 53). Es precisamente en el momento de encontrarse sola con su hijo, donde su papel de madre se afianza y se hace tan real, que teme y sabe que no puede lograrlo, no lo desea, quiere dejarlo a un lado. No se siente plena siendo una madre, el amor no es suficiente para desenvolverse. Frente a su esposo, aunque no lo ama completamente, siente seguridad, una especie de apoyo necesario para poder vivir, pero ese apoyo tampoco es suficiente. De allí que sienta la contradicción de su ser frente a su hijo, que le exige en demasía. Esta primera antipatía o aversión genera en Laura la necesidad o la posibilidad de alejarse, de renunciar. Como la respuesta instintiva del sujeto luego de sentirse arrojado y de sentirse un completo desconocido en el lugar en el que cayó. Es clara esa sensación de huida, puesto que el choque es tan grande que se quiere dejar todo atrás, sin importar las consecuencias.

La contradicción y la sensación de impotencia aparecen como la posibilidad de escape, la evasión que el personaje busca desde el comienzo de la obra. Ese sentimiento de vacío, aún junto a su hijo, le imprime un sentimiento de desesperación y de impotencia tan grande que es justamente en ese momento donde la posibilidad de fuga, puede convertirse en una posibilidad real. Laura “por un momento sólo desea irse -no hacerle daño, eso nunca lo haría pero sí ser libre, intachable, irresponsable” (Cunningham; 2000, 82). La cotidianidad la encierra en un estado de impotencia y de necesidad máximos. La única posibilidad de ser en sí misma, está en otro lugar, no en su hogar ideal y soñado. Las necesidades iniciales fueron abruptamente modificadas, su destino no es ser parte de una familia, su destino está en la soledad y en la fuga. Para ser libre y completa debe sacrificar lo que ama, porque en el fondo Laura ama por sobre toda las cosas, ama a su hijo y a su esposo, pero el amor no es suficiente, nunca lo será. Si quiere ser ella misma, y lo quiere, debe sacrificar todo a su alrededor, convertirse en el verdugo de su propia vida.

Por otro lado, la relación con el mundo en el que se encuentra inmerso el *Dasein* se puede tomar también en el personaje de Clarissa, el mundo en el que se siente feliz, redimida, exultante le resulta en ciertos momentos vacío, sin sentido. Un lugar desconocido en el que se siente una extranjera, puesto que su verdadero lugar se encuentra en el pasado perdido, en un lugar detenido muchos años atrás. Aparece en el presente en el momento especial en que se siente alejada de ese mundo, donde pierde todo protagonismo, puesto que en el fondo, desea ser admirada y querida. Especialmente “siente que el hecho de que no la hayan invitado es de alguna manera una demostración secundaria de la capacidad del mundo de seguir sin ella” (Cunningham; 2000, 95). El mundo en que se encuentra se le presenta como un lugar vasto e inhóspito donde está obligada a permanecer, no importa cuánto lo desee o lo necesite, siempre encontrará en un detalle mínimo el pretexto para pensar que no está plenamente, que sus alegrías pueden ser momentáneas y pasajeras. Sabe que “le es revelado que toda su tristeza y su

soledad, todo el andamio desvencijado, se origina sencillamente en la pretensión de vivir en este apartamento, entre estos objetos, con la dulce y nerviosa Sally, y que si se va será feliz, o mejor que feliz” (Cunningham; 2000, 94).

Es interesante en este momento aclarar cuán importante es el mínimo detalle para los personajes, en la medida en que es en las vivencias cotidianas el lugar donde se presentan los peores fracasos y derrotas en los momentos más sutiles e insignificantes. Clarissa pretende en sus cotidianos quehaceres sentir la fuerza de la existencia, sentirse parte de un mundo. Todo esto es dictado por el diario vivir, por las tareas diarias a las que les dedica todo su esfuerzo, toda su energía, lo que conlleva la posibilidad de sentirse vacía e insignificante si fracasa o no se le reconoce esfuerzo alguno. De allí la importancia de los estados de ánimos cambiantes inherentes al ser que pueden en cualquier momento y por la razón más ínfima transformarse radicalmente en el contrario.

Lo cotidiano se presenta como lo más importante, lo más radical. Puesto que es desde allí donde el ser puede sentirse ajeno al mundo, desde allí se desprenden sus dudas y sus sentimientos encontrados, que le obligan a preguntarse por su propia existencia y por la capacidad de enfrentar ese momento en el que la duda y la impotencia son tan grandes que teme perder la cordura. Los cambios de ánimo son tan fuertes que las contradicciones le atacan de una manera tan directa que teme estar traspasando la frontera de la razón. Todo esto no es más que la relación, la fuerza del ser con el mundo hostil al que es arrojado, el mundo que quiere y odia a la vez. Donde la impotencia y la desazón son lo fundamental. Laura en su lucha interior es consciente de toda esa confrontación interna, su ser no está pleno, desde el momento en el que se siente fuera del mundo, en el instante en el que siente que su posición esta fuera de todo aquel espacio en el que está inmersa; de allí que pretenda hacer la pregunta fundamental de su existencia en la que está contenida esa imposibilidad de cambio, en la que se

presenta el futuro obligatorio que le espera en caso de no tomar una decisión radical:

Laura quisiera hacerle una pregunta a Kitty, una que no sabe muy bien cómo formular. La pregunta tiene que ver con los subterfugios y, menos claramente con la genialidad. Quisiera saber si Kitty se siente rara, si se siente poderosa y desequilibrada como dicen que son los artistas, llena de ideas, llena de rabia, comprometida por encima de todo con la creación de...¿de qué? De esto. Esta cocina, esta torta de cumpleaños, esta conversación. Este mundo vivo (Cunningham; 2000, 107).

No sólo es importante señalar la conciencia de Laura ante la necesidad de replantear su existencia, de pensar que en su interior puede gestarse algo que va más allá de su cotidianidad. Pensar que del desasosiego y la intermitencia del ánimo no es muestra de locura o inmadurez, sino que por el contrario afianzarse en el pensamiento de sentirse extraña le produce un sentimiento de completud y de importancia que no es plenamente aceptada por los demás. También es importante, saber que todas sus dudas y sus extrañezas se engrandecen y fortalecen cuando está en contacto con el otro, otro que le brinda la sensación de impotencia e imposibilidad, ese otro puede ser su hijo, su esposo o su amiga. Siempre siente los vacíos de su ser ante otro que le refleja sus propios defectos. Es pues de esta forma como se puede encontrar el enfrentamiento ante el mundo en el que se encuentra inmersa, reconociendo la necesidad de cambio. Sintiendo poderosa y débil al mismo tiempo. Planteando desde la cotidianidad la pregunta existencial, la pregunta sobre si vale la pena el sentirse como logra sentirse en el momento en que todo se cierra a su alrededor y solo deja el vacío eterno de la incredulidad y la impotencia.

CAPÍTULO 2

LA SOLEDAD Y LA RELACIÓN CON EL SER

Nunca estamos completamente solos; por desgracia,
siempre estamos con nosotros mismos.

MARGUERITE YOURCENAR

La condición solitaria del ser humano les permite a los personajes adoptar un carácter específico ante el mundo exterior imprimiéndoles una sensación de desamparo y de duda ante la verdadera razón de su existencia. En el momento en que el hombre se percató de su estado de desolación y de arrojado, las probabilidades de desarrollo parten únicamente de su interior, de la relación íntima del hombre con su soledad y con su angustia.

Al ser la soledad y la angustia sentimientos extremos que sólo percibe el sujeto en su interior, las consecuencias reales, fruto de estos sentimientos, le infunden una fuerza desconocida que le permiten actuar frente al mundo, le imprimen una seguridad y una total realización de su ser en el mundo; pero no todas las consecuencias son positivas, en el caso que la pugna existencial del sujeto sea tan extrema puede llevarlo a tomar decisiones radicales. La fuga y el suicidio pueden ser dos de las secuelas de la lucha interior del sujeto que se somete a la soledad y a la angustia.

Este sometimiento implica la conciencia plena del estado solitario y de la inmensa angustia que oprime al sujeto, de allí que las salidas posibles que el sujeto pueda tomar fruto de esos estados son salidas al máximo lúcidas, puesto que solo el que conoce su soledad y su angustia conoce en verdad lo real de su ser, dado que ser hombre es estar completamente solo y, la angustia y la desesperación solamente

surgen de un estado total de soledad, ya que la angustia se siente ante la nada y en ocasiones el mundo es simplemente una inmensa nada.

2.1. SOLEDAD COMO POSIBILIDAD DE SER

El intrincado laberinto de la individualidad del sujeto muestra que muchos de los sentimientos que suceden en su interior provienen de emociones encontradas; si bien se manifiestan de diferente manera e intensidad, la forma de exteriorizarlos le hace tomar un papel fundamental y personal en su relación con el mundo. Todas las exteriorizaciones anímicas del vasto universo interior del hombre, de sus luchas tenaces, de sus estados de ánimo cambiantes, su perseverancia ante la adversidad, su inefable angustia ante lo desconocido dan cuenta de un constante y, a la vez, contradictorio hacerse lugar en un mundo hostil y desconocido. De allí que la primera tentativa del hombre ante las múltiples posibilidades que se despliegan ante él le obligan a asumir una actitud pasiva y desesperanzada, un talante de conformismo y de imposibilidad tan grande que a su alrededor siente que nada es posible más allá de lo inmediato; existe en el hombre un rasgo que incuestionablemente es único del género humano y es aquel que le permite en algún momento de su vida, o siempre, sentirse solo. Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (2000) explica de una manera directa la soledad verdadera del hombre:

Todos los hombres, en algún momento de su vida, se sienten solos; y más: todos los hombres están solos ... La soledad es el fondo último de la condición humana. El hombre es el único ser que se siente solo y el único que es búsqueda de otro. Su naturaleza –si se puede hablar de naturaleza al referirse al hombre, el ser que, precisamente, se ha inventado a sí mismo al decirle “no” a la naturaleza- consiste en un aspirar a realizarse en otro. Por eso cada vez que se siente a sí mismo se siente como carencia de otro, como soledad. (211)

La soledad no sólo puede ser vista como un sentimiento negativo y de exclusión; al contrario, al ser otro sentimiento propio del hombre, revela en su interior lo complejo de la condición humana.

Para el individuo las posibilidades de desenvolvimiento en un mundo que le aleja pero que a su vez le absorbe y lo obliga a ser parte de una gran maquinaria establecida, reducen su verdadera participación activa en él. El carácter solitario del hombre se reafirma en el momento en que necesita del otro para encontrar su verdadero ser. Es justamente en el momento en que la relación con el otro y con ese vasto universo circundante cuando la soledad aparece como una posibilidad de carácter que imprime en el individuo la aceptación de muchas cosas preestablecidas por la sociedad o por la vida misma o por el contrario le imprimen la fuerza para tratar de hacer su propia vida. Si leemos a Sartre en su tragedia *Las moscas*, entenderemos un poco la condición solitaria natural del individuo, condición que le está dada de antemano, aunque necesite una ayuda externa para reconocerla y entenderla:

Orestes. - ... Tú eres un dios y yo soy libre; estamos igualmente solos y nuestra angustia es semejante. (...)

Júpiter. - ¿Qué piensas hacer?

Orestes. – Los hombres de Argos son mis hombres. Tengo que abrirles los ojos.

Júpiter. - ¡Pobres gentes! Vas a hacerles el regalo de la soledad y la vergüenza, vas a arrancarles las telas con que yo los había cubierto, y les mostrarás de improviso su existencia, su obscena e insulsa existencia, que han recibido para nada.

Orestes. – ¿Por qué había de rehusarles la desesperación que hay en mí si es su destino?

Júpiter. - ¿Qué harán de ella?

Orestes. –Lo que quieran; son libres y la vida humana empieza del otro lado de la desesperación. (Sartre, 1948; 17)

El castigo o regalo al que está sometido el hombre no es justamente la soledad, sino la conciencia plena de estar solo en el mundo. La libertad para aceptar su condición de solitario y de libre; puesto que la conciencia de la libertad está emparejada con la conciencia de la soledad; la angustia y la desesperación que surgen de ella es la constante que mueve al individuo, no para salir totalmente de un estado de angustia y de desesperación, sino para trascenderlo no siendo ajeno a las posibilidades que este estado le deja para sí. Quisiéramos centrarnos, más que en el trasfondo filosófico de las palabras que Sartre pone en boca de sus personajes, en lo que implica en verdad ser conscientes de la soledad y de la vastedad del mundo que rodea al solitario. Dicha conciencia no es otra que la de saberse plenamente un ser-arrojado que, para Heidegger, abre al Dasein los dos estados fundamentales: el miedo y la angustia. Luego de que el Dasein se abre realmente al mundo y es consciente su verdadera posición de arrojado encontrará que la presión, el miedo, la desesperación que siente es necesario para enfrentarse a la realidad de ser-en-el-mundo y que por medio de la búsqueda y de la apertura encontrará verdaderamente el “ahí” al que pertenece; cabe añadir que dicha búsqueda no es otra que la búsqueda del solitario que es consciente de su soledad. Es importante en este momento hablar de uno de los dos estados fundamentales que el saberse un ser-arrojado le otorga al Dasein: el de la angustia. La angustia como disposición afectiva le brinda al ser la posibilidad de sentirse plenamente como un ser arrojado, es consciente de su posición en el mundo ya que *aquello por lo que la angustia se angustia es el estar-en-el-mundo mismo* (Heidegger; 2003, 210). La angustia se presenta ante el Dasein bajo dos posibilidades: angustia *ante* y angustia *por*. La relación intrínseca “entre ante y el por de la angustia se extiende incluso al angustiarse mismo, porque éste es un modo fundamental de estar-en-el-mundo” (210), de esta manera la angustia como disposición afectiva fundamental le brinda al Dasein una posibilidad de apertura privilegiada, porque ella aísla (Cfr. Heidegger: 2003,212), este aislamiento está relacionado con la *nada* ante la cual se manifiesta en su totalidad. Es interesante

el concepto de aislamiento, porque aumenta la posibilidad de pensarlo como la soledad y la impotencia ante el vasto mundo al que se fue arrojado.

Sin embargo, el carácter con el que se reviste la soledad en ningún momento es negativo ni es sólo uno, por el contrario entre las múltiples facetas de la soledad se puede entrever una pequeña condición creadora y de soporte que permite una relación de soledades más allá de lo cotidiano. El mundo se torna de esta manera en una red de soledades que se entrelazan en cierto período, permitiendo que los otros solo sean una parte específica de las relaciones de los individuos. Pensar en Sartre implica encontrar una soledad consciente de los personajes de la novela, como también sus múltiples posibilidades no de salir de ella, sino por el contrario de vivir plenamente con ella.

El universo interno creado por y para los personajes de la novela *Las horas*, da cuenta no sólo de actitudes y de acciones individuales que muestran un sinnúmero de posibilidades que se desprenden de un simple y sencillo momento; sino que también pretende mostrar que un solo día específico de sus vidas es suficiente para expresar todo el dolor y toda la alegría posible en una vida. Basta un solo día para lograr entender la soledad y el inconformismo de Laura, como también para entender las múltiples manías y el falso amor de Clarissa. Si el mundo particular de los personajes da cuenta de sus sentimientos reales y, pretende mostrar que la vida parte de la inmediatez y de la sencillez de la soledad es porque es necesaria la introspección psicológica para entender mediante los múltiples monólogos interiores la compleja configuración de sus conciencias. Si como ya fue dicho este mundo creado para los personajes da cuenta de la soledad con la que viven y que la narración transcurre en un día específico de la vida de las protagonistas, ese día en particular es suficiente para recoger toda la experiencia del pasado, como también la expectativa por el porvenir, convirtiendo ese sencillo y específico día en el perfecto resumen de sus vidas.

Todos esos sentimientos se presentan reales mediante el fluir de sus conciencias, mediante el monólogo interior que resalta las pasiones más intensas y los deseos y anhelos que sólo pueden hacerse realidad en el pensamiento y por consiguiente en la soledad. Ese monólogo se convierte entonces en la constante de los personajes, constante que se suma muchas veces a la inconformidad y a la impotencia. Un ejemplo de estos monólogos lo encontramos en el momento en que Laura está a solas con su hijito y comienzan a prepararle una torta de cumpleaños:

Richie sonrío; mira su rostro intensamente. Ella le devuelve la mirada. Hacen una pausa y se quedan quietos, mirándose, y por un instante ella es exactamente lo que parece: una mujer embarazada, arrodillada en una cocina con su hijo de tres años que se sabe el número cuatro. Ella es ella misma y es su perfecto retrato: no hay diferencia. Fabricará una torta de cumpleaños –sólo, una torta, pero en su mente, en ese instante la torta es satinada y resplandeciente como una fotografía en una revista; es incluso mejor que las fotografías de las tortas en las revistas. Se imagina haciendo, con los más humildes ingredientes, una torta con toda la armonía de una urna o de una casa (Cunningham; 2000, 80).

No sólo asistimos a la inmersión de su pensamiento, también entendemos lo importante que son para ella las tareas cotidianas, es claro que en su interior anhela una perfección absurda y desmedida; su conciencia se permite un escape momentáneo una posibilidad de encarar la realidad mediante la suposición; anhela más que nada ser amada y tenida en cuenta.

La construcción de los mundos que permiten la interacción de los personajes responde principalmente a la necesidad de un espacio apto para la fluidez de su pensamiento y de sus conciencias. Este lugar creado muestra pocos, pero intensos diálogos, mediante esta posibilidad de poner a los personajes al margen de otras personas, aumentan la sensación de soledad y por lo tanto permiten una máxima fluidez de la interioridad misma de los personajes. Es claro en la novela

las pocas conversaciones en contraste con los largos e intensos monólogos interiores, esta construcción es la que nos permite encontrar las pequeñas decepciones y frustraciones a las que están sometidas las protagonistas y que de repente fluyen incontrolables, como el resultado de una sensación o de una evocación que aunque pequeña abre todo el horizonte de posibilidades no sólo del futuro, sino de aquellas posibilidades perdidas en el pasado remoto e irrecuperable.

Laura por ejemplo se debate entre las tareas cotidianas y la sensación de encierro y de impotencia; para ella el mundo está más allá de lo cotidiano, simplemente carece de fuerzas y de posibilidades reales para enfrentarlo o para dejarlo. En el primer momento de la narración la soledad de Laura está construida a través de lo habitual y de lo cotidiano, su mundo no sobrepasa las cuatro paredes de su hogar, busca otros mundos no reales como el suyo pero más placenteros y con más expectativa de ser alguien más. Aunque en esta búsqueda se convierte inicialmente en un ser pasivo, en un lector que simplemente pretende encontrar en la lectura el sustituto de su vida imperfecta.

La relación directa de Laura con el libro la lleva hacia un estado constante de sentimientos encontrados, su refugio primero es su casa aunque en ella tampoco se encuentra totalmente a salvo y se convierte en un lugar extraño que apenas puede soportar al compararlo con el lugar que se desprende de lo imaginado del texto; pero por momentos vence la sensatez de la soledad, se rinde ante el libro, lo deja a un lado para enfrentar sus tareas cotidianas, enfrentar la múltiple soledad generada por su hogar, su hijo y su marido. El hogar mismo es la soledad de Laura, la soledad hecha espacio real, allí es donde ella es y aparenta ser, su soledad es su vida, sus tareas la única e incompleta distracción. No se debe a nadie excepto a ella misma; la relación con su esposo y con su hijo la colma pero a la vez le genera el vacío total de su existencia.

Laura pretende superar su soledad inicial y natural, mediante la relación que tiene con el otro que la rodea. Pero desafortunadamente esta soledad se convierte con el tiempo en otra faceta de su soledad primaria. En el momento en que siente que realmente pertenece a un grupo determinado, a un hogar, es donde la soledad se vuelve insostenible, en la medida en que siente que no es ella la que habita en ese espacio. El padecimiento y la sensación de soledad difieren radicalmente del estado de pertenencia que el individuo pueda tener sobre el mundo que lo rodea. De allí que esta soledad que embriaga a Laura supere una primera acepción psicológica o negativa, convirtiéndose en una condición superior que en palabras de Levinas (1993) no es sino una categoría propia del ser, si se considera como un aislamiento, es simplemente el aislamiento que marca el hecho mismo del ser, puesto que el ser es esencialmente soledad:

(...) el hecho mismo de ser es lo más privado que hay; la existencia es lo único que no puedo comunicar; yo puedo contarla, pero no puedo dar parte de mi existencia. La soledad, pues, aparece aquí como el aislamiento que marca el acontecimiento mismo de ser. (Cunningham; 2000, 55)

Laura es en sí misma soledad. Para ella el mundo hostil la encierra en una coraza de decepción y de falsa comodidad, falsa en la medida en que no es lo que en verdad desea y desesperadamente quiere.

Al no encontrar en el mundo exterior una posibilidad de ser total, se refugia en su interior. Es importante recordar una vez más que Laura no ama ni a su hijo ni a su esposo de la manera que quisiera, no lo hace porque supone que la verdadera felicidad y el verdadero amor no lo da la vida que lleva. Al no amarlos se obliga a actuar de una manera distinta a la que actúa en sus estados de soledad y de introspección que son los estados que más se asemejan a una posible felicidad. No es ella realmente cuando está ante su hijo, tampoco lo es enfrente de su marido. La cotidianidad misma la obliga a actuar de manera paralela a su

verdadero ser. En su pequeño universo, el universo de su hogar, siente que las barreras han sido levantadas a la perfección, que su soledad intensa puede ser maquillada frente a los demás y puede ser lo que no es. Pero ese equilibrio y esa falsa armonía se rompen en el momento en que otro extraño a su familia irrumpe en su cotidianidad.

Si volvemos al papel fundamental que lo cotidiano ejerce en la narración, entenderemos cómo justamente una visita inesperada rompe el perfecto sincronismo de la vida de Laura; esta visita la lleva a un estado donde su soledad es truncada nuevamente, pero de una manera imposible de manejar, no es la intervención de su hijo o de su marido, es *otra* persona aún más extraña que ellos, es la muestra de un mundo que está fuera de su alcance, un mundo, de alguna forma verdadero y que le está negado por el momento. Esta visita justamente genera en Laura en su interior un sinnúmero de sensaciones y de contradicciones que desembocarán en algunas decisiones dramáticas:

Alguien golpea en la puerta de atrás. Laura está lavando los últimos platos y ve en la silueta pálida de Kitty a través de la diáfana cortina blanca. Allí está el halo anublado de su cabello castaño claro, el borrón limpio y rosado de su rostro. Laura siente una punzada de agitación y de algo más fuerte que la excitación, algo que parece pánico (Cunningham; 2000, 103).

Laura siente el pánico que precisamente surgirá del contacto con el otro, del contacto con la realidad de la que se mantiene al margen. Aparentemente no necesita del mundo exterior se siente segura aunque no feliz en su universo creado. Ella sabe que esa seguridad es justamente lo que necesita, no desea por el momento la felicidad que está dada por el mundo exterior y por los otros. Se basta a sí misma, en su interior encuentra las armas para enfrentar su tristeza y su impotencia, ella sola se enfrenta a sus tareas, a sus triunfos y a sus derrotas.

Algo trivial pero fundamental para la narración, es el detalle ínfimo de la torta que Laura está preparando en el momento de la visita: *Vamos a hacerle la mejor torta que jamás haya visto –dice ella-. La mejor de todas.* (Cunningham; 2000, 53). En esa tarea sencilla y al parecer insignificante, Laura pone unas esperanzas hasta cierto punto desmesuradas, quiere crear algo realmente maravilloso, algo que cumpla con una expectativa elevada; como si al crear algo por sí misma pudiera darse cuenta de que no todo está perdido, que en su interior puede surgir algo realmente maravilloso que le ayude a enfrentar una vida que no quiere, afrontar los cambios de un mundo inmenso y de un hijo que adora pero que a su vez rechaza. Lamentablemente fracasa en el primer intento de creación, nada de lo que esperaba que sucediera sucedió. Su ego se desploma de una forma dramática, se siente realmente impotente ante el rotundo fracaso de la torta:

La torta no es todo lo que ella había esperado que fuese. Trata de no preocuparse por eso. Sólo es una torta se dice (...) No hay nada malo con la torta pero ella había imaginado algo más. Se la había imaginado más grande, más llamativa. Había querido (lo admite) que se viera más exuberante y hermosa, más maravillosa (Cunningham; 2000, 101).

El fracaso producido por el desastre de la tarea le imprime cierto desasosiego, está consciente de la imposibilidad de hacer ciertas cosas, cosas que se anhelan hacer pero que no son posibles de realizar; como si en un primer momento esa frustración pudiera ser parte de una desgracia mayor, aun no es claro pero se presiente el inevitable naufragio de la vida de Laura, como si estuviese cayendo en picada a partir del momento en que descubre una falla en su aparente y perfecta vida familiar.

Laura, en privado es consciente del fiasco que fue la torta, pero se da falsos consuelos en soledad. Fracaso y éxito parecen servidos en dosis iguales, un aparente equilibrio reina en su historia: *Esta bien, se dice a sí misma. Es una*

buena torta, a todo el mundo le va a gustar. Sus torpezas son parte de su encanto (Cunningham; 2000, 101). Pero es justamente en el momento de enfrentarse a ojos extraños, a una mirada inquisidora proveniente de fuera de su mundo, de su construcción anímica es cuando el fracaso y lo tortuoso de su asimilación se hacen insoportables. Sólo una mirada, un gesto son suficientes para derrumbar la armonía creada falsamente:

-Está simpática- dice Kitty y desinfla el yo temerario del cigarrillo de Laura. La torta está simpática, le dice Kitty, como el dibujo de un niño. (...) Laura es un artesano que hizo un intento público y fracasó. Ha fabricado algo simpático, cuando lo que deseaba (es embarazoso, pero cierto) era fabricar algo bello (Cunningham; 2000, 105).

Laura siente su fracaso como una pieza más del múltiple desengaño de su vida. No intenta aparentar pero lamentablemente el mundo le obliga a intentar ser lo que no es. Su interior se debate dramáticamente entre lo que en verdad desea ser y aquello a lo que está obligada. No quiere de ninguna manera seguir con lo monótono de su vida, con la indiferencia del mundo hacia sí misma; no quiere sentirse extraña por el simple hecho que busca la soledad, porque desesperadamente ansía los momentos de incomunicación con el *otro* y se permite ser ella misma. Las relaciones de Laura no son sino la muestra desesperada por tratar de ser ella misma, de lograr un verdadero desenvolvimiento de su ser. Solamente en soledad le es viable aferrarse a la tristeza y a la nostalgia, solamente su interior le consiente un viaje hacia lo verdadero de su ser.

Esta forma específica de buscar la soledad le permite encontrar un punto intermedio entre su desesperación y su alegría. En el fondo no se da falsos consuelos, ella es simplemente el fruto de su soledad. Al ser consciente trata de vivir al margen de su cotidianidad, engañar al mundo con una falsa conformidad,

que en su interior no es cierta. El temple anímico de Laura está sustentado por una posibilidad exterior de búsqueda de la soledad perfecta y apacible que dará un verdadero sentido a su existencia. Es consciente de la libertad necesaria para adquirir la soledad, puesto que la soledad más allá de un sentimiento es un estado buscado plenamente, es una posibilidad de ser, bastarse anímicamente a sí mismo burlando al exterior, creyendo que la libertad de la soledad permite un verdadero conocimiento de sus posibilidades, creyendo que lo verdaderamente importante no es más que la desesperación y la angustia que sólo buscan un punto fijo y neutral en la soledad del ser humano.

2.2. IMPOSIBILIDAD DEL AMOR Y SOLEDAD

Mediante el amor las personas tratan de evadir la soledad en la que están inmersas.

OCTAVIO PAZ

El amor aparece en *Las horas* como otra posibilidad de burlar la soledad, ya que nadie ama en realidad. El amor surge como un sentimiento más que se confunde con la dependencia y con la necesidad de agradar al otro y que permite encontrar algo real a que aferrarse aunque sea algo que en verdad no se necesita. Toda la veneración que Clarissa llega a sentir por su agonizante amigo no muestra más que la impotencia de sentirse ella misma parte activa del mundo; sin él el mundo es vacío y sombrío, incluso muchas veces se siente ajena a ese vasto mundo que indiscutiblemente gira en torno a ella.

La vida de Clarissa transcurre en un presente incompleto y un pasado perdido pero idealizado. De allí que su vida se convierta en una constante lucha con la nostalgia y con un pretérito perfecto pero imposible de recuperar. Ella vaga por un mundo con los fantasmas del pasado que le permitieron en algún momento sentirse completa y real, pero su presente, el presente en el que debe moverse es

mucho más oscuro y más doloroso de lo que aparentemente puede soportar, su relación con los demás no es sino la apariencia de lo que en verdad debería ser. Los pensamientos de Clarissa agitan esa confusión y esa impotencia, sus pensamientos se presentan como oleadas dispares que sólo traen el pasado para llevárselo de nuevo, dejándola suspendida en un estado letárgico del que pretende salir amando desesperadamente a Sally y a Richard, pero es un amor culpable, un amor impuesto:

Se siente tan bien como se sintió ese día en Wellfleet, a los dieciocho, al atravesar las puertas de vidrio en un día muy parecido a este, fresco y casi dolorosamente despejado, desbordante de nuevos brotes. ... ¿Por qué no se siente triste de pensar en la buena suerte de Richard (“una voz angustiada y profética en las letras norteamericanas”) y su decadencia perversamente simultánea (“no tiene ni un solo leucocito, ni uno que hayamos podido detectar”)? ¿Qué le pasa? Adora a Richard, piensa en él constantemente, pero quizás ama el día un poco más. Adora West Tenth Street en las mañanas de verano (Cunningham; 2000, 20).

Estas repentinas ráfagas de sentimiento acontecen en el momento en que siente que su pasado quedó atrás, que su vida fue perdida en el momento en que hipotéticamente se separó de su complemento y que tiene que vivir una vida alejada de aquel que en el pasado era toda su vida y toda su alegría. No es una constante que le imprima felicidad alguna, por el contrario la remembranza del pasado, la sumerge en un estado de impotencia actual que no puede salir de aquello que considera el momento que fue más feliz, el cual sucedió muchos años atrás.

Sin ser egoísta Clarissa pretende ser el centro de acción de un pequeño universo creado a partir de su amigo Richard y de sus conocidos más cercanos. Pero lo que realmente le sucede es que ninguna de las relaciones que pretende conservar son suficientes para encontrar el verdadero sentido de su existencia. Similar a Laura, Clarissa pretende hacer de su vida cotidiana algo perfecto, la tarea de esta

última no es otra más que hacer una fiesta, una fiestecilla para demostrar cuánto ama a su enfermo amigo y demostrarse a sí misma que puede más allá de la soledad y del dolor, hacer cosas por aquellos que la rodean; aunque en el fondo no anhela sino el reconocimiento y la aceptación. Maquilla su soledad, la transforma en necesidad de actuar, de hacer algo que le permita salir poco a poco del vacío en el que cayó. Es consciente de su soledad, de sus miedos y de sus fracasos.

CAPÍTULO 3

LA EVASIÓN Y EL SUICIDIO

*No quedará en la noche una estrella.
No quedará la noche.
Moriré y conmigo la suma
del intolerable universo.
Borraré las pirámides, las medallas,
los continentes y las caras.
Borraré la acumulación del pasado.
Haré polvo el polvo.
Estoy mirando el último poniente.
Oigo el último pájaro.
Lego la nada a nadie.*

Jorge Luis Borges

De la misma forma como la soledad y los estados de ánimo cambiantes y, muchas veces contradictorios, son condiciones propias del ser humano, existe a su vez otra categoría que se cree también es exclusiva del hombre: el suicidio. En palabras de Cioran *el suicidio es uno de los caracteres distintivos del hombre, uno de sus descubrimientos; ningún animal es capaz de él y los ángeles apenas lo han adivinado; sin él la realidad humana sería menos curiosa y menos pintoresca* (1997). Enfrentarse al suicidio bien sea de una forma filosófica, literaria o simplemente como una situación social que afecta a un gran número de personas requiere un espíritu y una postura imparcial debido al aura de misterio y, por qué no, religiosidad que aun acompaña al término. No sólo hablar del suicidio, hablar de la muerte misma es un tema que en ocasiones atrae y repele al mismo tiempo. Pero más que la muerte el suicidio sigue siendo un tema, una acción no aceptada por la sociedad, en consecuencia es preferible guardar silencio.

En este capítulo más que tomar partido por la causa del suicidio, porque en últimas lo que se pretende es mostrar al suicidio no como un tabú o como una simple forma desesperada de término de la existencia, sino como una acción normal y, en muchos casos, necesaria y valiente.

Es el suicidio o *la muerte voluntaria* según Jean Amery (2005) la salida fácil para algunos, la única salida para otros. El suicidio es el as bajo la manga que todos llevamos consigo, es la llave que abre la puerta del *ya no más*, es la libertad de libertades, nuestro verdadero albedrío. Aunque algunos llegan a utilizarlo y otros no. La muerte voluntaria, término a la vez hermoso y cruel, no es del todo tan voluntaria puesto que el que lo lleva a cabo muchas veces está bajo una gran carga de angustia y de presión que lo inclinan a tal decisión; ya que el ser humano en el momento de experimentar el verdadero desasosiego, la verdadera desesperación siente que las posibilidades a su alrededor son mínimas o nulas. Las razones que le llevan a experimentar tal desasosiego o desesperación son diferentes pero todas lo conducen hacia la misma dirección, en este caso el suicidio. Es una constante, una forma más de vivir y de soportar la vida, no sólo la acción final, la muerte voluntaria, es la que se puede llamar suicidio; muchas formas de evadir la realidad, muchas formas de vida pueden llevar consigo un proyecto latente de suicidio que no siempre pueda llegar a ser consumado. El as bajo la manga es una más de las herramientas que la vida misma nos provee, así suene paradójico, para poder deshacernos por voluntad de aquel don preciado que es la existencia. Volviendo a Cioran (1995) "*poder disponer absolutamente de uno mismo y rehusarse: ¿hay don más misterioso? La consolución por el suicidio posible amplía infinitamente esta morada donde nos ahogamos. La idea de destruirnos, la multiplicidad de los medios para conseguirlo, su facilidad y proximidad nos alegran y nos espantan; pues no hay nada más sencillo y más terrible que el acto por el cual decidimos irrevocablemente sobre nosotros mismos.*" (Cioran; 1995, 70) Es decir, la constante de la muerte sea natural, sea

voluntaria podría convertirse en un consuelo más para aceptar la vida, para intentar vivirla, pero en el caso del suicidio sabemos que está en nuestras manos la posibilidad de llegar a un término deseado más rápido que si le dejáramos esa tarea al tiempo.

Cuando aparece el suicidio son muchas las dudas y las no respuestas que se pueden asir con facilidad, que nos puedan develar la verdadera situación de aquel que ha logrado poner fin a su existencia por su propia voluntad, por su propia mano. El desasosiego, por ejemplo, como razón o detonante del suicidio surge en el momento en que el hombre se siente impotente ante el mundo que le rodea, es tal la impotencia y la cotidianidad que todo pierde sentido para él. El lugar que antes podría ocupar la esperanza o la seguridad de actuar es colmado ahora por un miedo a la vida, un miedo que guiado por dicha angustia de vivir lo sumen en un estado de inconsciencia y de no lugar; las presiones le agobian al máximo, se convierte más que en un ser humano común, en un ser vulnerable frente a la mínima presión. Cada acto, cada día de la vida le oprime y le golpea de una forma tal que todo a su alrededor pierde sentido. El mundo se convierte en una jungla, en un laberinto cada vez más estrecho, sus ojos no ven más allá del miedo y la desesperación, en su interior se debate las luchas existenciales y morales. Es una lucha en primera persona donde el hombre lucha contra sí mismo, se ataca y se hiere, es una lucha a muerte; pero es personal, es una acción en primera persona y no le quita la fascinación que genera el ser capaz de cortar el lazo de la vida por su propia mano, adelantarse al destino, llegar primero a la meta a la que tarde o temprano llegaremos porque “*¿no es mejor anticiparse a la cuchilla que nos guillotina a todos?*” (Amery; 2005, 50).

3.1 ANGUSTIA Y SUICIDIO

Quien no haya concebido jamás su propia anulación, quien no ha presentido el recurso a la cuerda, a la bala, al veneno o al mar, es un recluso envilecido o un gusano reptante

sobre la carroña cósmica. Este mundo puede quitarnos todo, puede prohibirnos todo, pero no está en el poder de nadie impedir nuestra abolición. Todos los útiles nos ayudan, todos nuestros abismos nos invitan; pero todos nuestros instintos se oponen

EMILE CIORAN

Tomando la disposición afectiva de la angustia que en Martin Heidegger (2003):

no es sólo angustia ante..., sino que, como disposición afectiva, es al mismo tiempo angustia por... Aquello por lo que la angustia se angustia no es un determinado modo de ser ni una posibilidad del Dasein. En efecto, la amenaza misma es indeterminada y, por consiguiente, no puede penetrar amenazadoramente hacia este o aquel poder-ser concreto fáctico. Aquello por lo que la angustia se angustia es el estar-en-el-mundo mismo. En la angustia se hunde lo circunmundanamente a la mano y, en general, el ente intramundano. El "mundo" ya no puede ofrecer nada, ni tampoco la coexistencia de los otros. De esta manera, la angustia le quita al Dasein la posibilidad de comprenderse a sí mismo en forma cadente a partir del "mundo" y a partir del estado interpretativo público. Arroja al Dasein de vuelta hacia aquello por lo que él se angustia, hacia su propio poder-estar-en-el-mundo. La angustia aísla al Dasein en su más propio estar-en-el-mundo, que, en cuanto comprensor, se proyecta esencialmente en posibilidades. Con el "por" del angustiarse la angustia abre, pues, al Dasein como ser-posible, vale decir, como aquello que él puede ser únicamente desde sí mismo y en cuanto aislado en el aislamiento.

La angustia revela en el Dasein el estar vuelto hacia el más propio poder-ser, es decir, revela su ser libre para la libertad de escogerse y tomarse a sí mismo entre manos. La angustia lleva al Dasein ante su ser libre para... la propiedad de su ser en cuanto la posibilidad que él es desde siempre. Pero este ser es, al mismo tiempo, aquel ser al que el Dasein está entregado en cuanto estar-en-el-mundo (210).

Esta es la única posibilidad del hombre de sentir la totalidad de su estar-en-el-mundo, de saberse arrojado a toda su vastedad y enfrentarse al posible sinsentido

de su existencia, podríamos plantear alguna posible relación entre la angustia y el suicidio. Si bien el suicida está inmerso en un mar de dudas y de sentimientos contradictorios que lo obligan en algún momento de su vida a optar por la muerte voluntaria, cabe la posibilidad de pensar que ese estado de sentimientos encontrados no es más que la angustia heideggeriana plena, convertida en la posibilidad de ver la muerte como salida, pero también la posibilidad de saberse un ser pleno y completo, un ser que está-en-el-mundo pero también es consciente de su no-existencia como complemento. Esto es algo que lo diferencia de una persona, por llamarla coloquialmente normal, de aquella que no ha sentido en su interior la angustia y puede no ser consciente de la plenitud de su existencia en la muerte; es decir que no es consciente al máximo de la posibilidad de ser al mismo tiempo existencia y no-existencia. Al respecto Cioran (1997) nos dice:

El abismo de dos mundos incommunicables se abre entre el hombre que tiene el sentimiento de la muerte y el que no lo tiene; sin embargo, los dos mueren; pero uno ignora su muerte, el otro la sabe; el uno muere más que un instante, el otro no cesa de morir... Su condición común les coloca precisamente en las antípodas el uno del otro; en los dos extremos y en el interior de una misma definición; irreconciliables, sufren el mismo destino... El uno vive como si fuera eterno; el otro piensa continuamente su eternidad y la niega en cada pensamiento (39).

Es así como el suicida, el hombre consciente de su plenitud se piensa así mismo como un ser que tiende a cada segundo a la muerte, se sabe finitud y por eso trata por sobre todas las cosas de adelantarse a ese final; pero paradójicamente se reconoce como ser eterno pero no quiere esa eternidad, la niega a cada pensamiento y al final la negará tajantemente con una sola acción.

El suicida se enfrenta a su propio ser y descubre que no es nada y reconoce que no vale la pena seguir, las alegrías y las tristezas serán cotidianas, la impotencia y la nostalgia reinarán en su mente, en ese momento la angustia es su motor. No es bajo ninguna luz un sentimiento egoísta, es una simple pugna individual un estado

de impotencia en primera persona que nadie entendería, por eso es tan difícil que pida ayuda, que se vuelque hacia el mundo con la intención de ser salvado, por eso sigue su camino en silencio por que sabe a conciencia que no hay vuelta atrás. Es así como opta por dejarse guiar, dejarse llevar por ese sentimiento de no existencia que lo llama, al que tiende. Freud en algún momento plantea la muerte a la que tendemos como un sentimiento fuerte, que genera, en su postura, una angustia. Angustia que, similar a la planteada por Heidegger está relacionada con la nada. La angustia en el caso de la pulsión de muerte¹, planteada por Freud,

¹ La pulsión (o instinto, dependiendo de la traducción) en un primer acercamiento es un estímulo para lo psíquico (Freud, 1983, 2040), ésta actúa desde el interior del individuo, es decir se convierten en un fuerza que modifica desde el hombre mismo sus acciones con el exterior, esta relación entre lo interior y lo exterior mediada por la pulsión actúa como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático (Freud, 1983, 2041). Dichas pulsiones actúan constantemente en la vida del hombre, es decir que siempre estarán con él, no son manifestaciones esporádicas. Para Freud las pulsiones están relacionadas con un fin, un objeto y una fuente. Las pulsiones tienen como fin primordial la satisfacción (cfr. Freud, 1983, 2042), aunque la sociedad y sus efectos contraproducentes han inculcado y obligado al hombre a reprimir la mayoría de sus pulsiones. Como objeto de la pulsión se encuentra la cosa en la cual o por medio el instinto (pulsión) alcanza su satisfacción (Freud, 1983, 2042), este puede ser interior o exterior al sujeto. En cuanto a la fuente de una pulsión aparece el proceso somático que se desarrolla en un órgano o una parte del cuerpo que es luego representado en la vida anímica por la pulsión (cfr. Freud, 1983, 2043), estas fuentes varían según la intensidad o la potencia de la pulsión, puede encontrarse en los ojos, en los genitales o en cualquier parte del cuerpo susceptible al impulso de la pulsión.

Freud dividió inicialmente las pulsiones en dos grupos, las del yo y las sexuales, más adelante esta división cambia apareciendo en su lugar la dualidad entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, cada una esencial en el desarrollo del hombre. La pulsión de

está relacionada con la muerte misma, que se presenta como la total negación de la vida.

Es pues la pulsión de muerte lo que nos inclina hacia ésta en razón de que muerte es parte esencial de la vida, es el estado anterior a la existencia al que tendemos desde el momento de nacer. Es decir, está presente y palpable cada día de nuestra vida. No es más que lo que Heidegger llama el ser-para-la-muerte, o la plena existencia de la muerte como parte inherente de la existencia.

Es claro que el hombre tiende hacia la muerte, que es una constante de la vida y que nacemos para morir. No importa cómo lo llamemos, ya sea certeza de la muerte, ser-para-la-muerte, o pulsión de muerte. Lo cierto es que todo individuo vive con esa constante, con esa presencia latente, pero es el caso del suicida quien la vuelve más palpable, más real.

muerte desarrollada a plenitud en *Más allá del principio del placer* pretende reafirmar la existencia sintiendo la angustia de la nada, entendiendo angustia como la sensación de temor, o como una sensación extraña ante la proximidad de algo extraño y terrorífico. También relacionada con una repetición y hastío de dicha repetición que desemboca en una sinrazón de la existencia o en un absurdo. La angustia en el caso de la pulsión de muerte está relacionada con la muerte misma, que se presenta como la total negación de la vida, como la no-existencia, que en el fondo se teme y se anhela. El retorno a lo que fuimos, a la no-existencia antes de la existencia. La paradoja infinita del hombre, el moverse por la vida esperando la muerte. La muerte en el fondo se convertirá en aquello que deseamos con más fuerza, aquel algo que inconscientemente estamos esperando satisfacer, que nos hemos reprimido por inhibiciones sociales o religiosas y que no permiten dar ese paso o salto definitivo hacia la negación de la existencia. La muerte misma es el fin de la pulsión de muerte, la cual será inhibida por la sociedad y por la cultura, minimizando la agresión natural del hombre.

El suicida al igual que el resto de los mortales es consciente de su ser-en-el-mundo sólo que en él la pregunta por la utilidad de su permanencia, por la posibilidad de seguir viviendo se torna en algún momento más fuerte que en los demás. La pregunta por la muerte siempre nos rondará, pero cuando la posibilidad es tan cierta y tan liberadora, la angustia y la cercanía de la muerte se vuelven constantes y hacen de un individuo normal un suicida o un suicida en potencia. Para él todas las respuestas serán la misma, *no hay futuro*, puede que se encierre en su mundo privado y no piense en nada más; lo importante es recalcar que el suicida es consciente de que no hay posibilidad de cambio, no hay posibilidad de vida, es quizá la decisión y la respuesta más tajante que puede darse a lo largo de la vida.

Acercarse a la muerte desde la visión de un suicida obliga tajantemente a pensar en los conceptos de angustia antes planteados. La angustia como disposición afectiva puede empujar a tomar la decisión. Dicha decisión puede ser tomada literalmente, lanzarse al vacío de la no existencia, o simplemente dar un cambio radical a la vida que implique una negación total de la vida que hasta el momento se lleva. Sin necesidad de morir literalmente.

3.2. EL SUICIDIO COMO EVASIÓN

Se preguntó si acaso importaba que forzosamente tuviera que dejar de existir por entero; todo esto tendría que proseguir sin ella; se sintió molesta. ¿O quizá se transformaba en un consuelo el pensar que la muerte no terminaba nada, sino que, en cierta manera, en las calles de Londres, en el ir y venir de las cosas, ella sobrevivía.

VIRGINIA WOOLF

Si tomamos algunos de los términos usados por Jean Amery en su obra *Levantar la mano sobre uno mismo*, alrededor de la muerte voluntaria o suicidio, encontramos dos sujetos específicos que están íntimamente relacionados con el acto suicida y con su finalidad. Por un lado, se encuentra el *suicidante* quien es la

persona que se extingue a sí misma y el *suicidario* que es *aquel que lleva en sí el proyecto de muerte voluntaria, tanto si se lo plantea seriamente como si tan sólo está jugando con la idea* (Amery; 2005, 14). Por el momento interesa seriamente el suicidante en la medida en que puede ser un sujeto al que las circunstancias le llevaron en un momento específico de su vida, debido a sufrimientos presentes o a la acumulación de sufrimientos pasados, a pensar seriamente en que la muerte, la muerte voluntaria o suicidio puede ser una posibilidad real y veraz para escapar de un mundo cerrado y agonizante.

Este sujeto, este suicidante aparece en la novela *Las horas* encarnado en la trágica figura de *Laura Brown* o como solía llamarse *Laura Zielski*, una mujer que renunció por piedad o por compasión a ser *la muchacha solitaria, la que leía incesantemente* (Cunningham; 2000, 45), para convertirse en una aparentemente feliz ama de casa con un marido que la adora al máximo, un hijo que la idolatra y, además, la esperanza de un nuevo hijo. Ella más que nadie es quien siente toda la presión, toda la angustia que la empuja a tomar la decisión de evadirse como única salida posible. Decisión que en un momento de la novela es presentada como ese escapar, escapar de su vida, de las preocupaciones diarias que la sumergen en ese estado de impotencia, de desesperación y sobre todo de la nada a la que está sometida su vida, por medio de la lectura. Una nada que puede ser vista como la imposibilidad de cambio, como aquella nada que la está absorbiendo lentamente, aumentando esa sensación de vacío y de ninguna parte en que está inmersa. Recordemos que la única posibilidad con la que cuenta Laura es con la evasión, evade la realidad mediante la lectura.

Es claro que la cotidianidad de Laura la ha llevado a sentir cierto alejamiento por su marido y por su hijo, como también a pensar que su verdadera vida, recordando un poco la nostalgia de Clarissa, quedó mucho tiempo atrás justamente cuando era Laura Zielski. Ahora, en este momento de su vida acude al libro, a la lectura, a su segura forma de escape de una forma ansiosa y, en ciertos

momentos adictiva, adicción de la que es consciente. Se apena de ello por lo cual se acerca con cierta culpabilidad y quizás cierto temor a los libros. Sin embargo, ella sabe que es su única salida, su único camino; es por eso que ansía los días de lectura que quedaron atrás, porque en el fondo anhela otra vida, otro lugar, por eso piensa que *en otro mundo, podría haber pasado toda su vida leyendo* (Cunningham; 2000, 45). *En ese instante siente la culpabilidad y el temor de dejarse llevar por la lectura porque justamente ahora mismo y a su pesar está viviendo en un mundo real, en un mundo nuevo, salvado – donde no hay espacio para el ocio* (Cunningham; 2000, 45).

Es así como Laura se encuentra seducida por la lectura, pero al mismo tiempo culpable de dejarse llevar por ella, por pensar que existe ese otro mundo, aquel donde puede ser libre, ser ella misma, no la madre ni la esposa que ahora es. Cuando lee *“la invade un sentimiento, de mar, que se origina bajo su pecho y la saca a flote, la mantiene en la superficie suavemente, como si ella fuera una criatura marina de vuelta en la arena donde había encallado –como si la hubieran regresado de un reino de gravedad aplastante a su verdadero medio, la corriente y el oleaje del agua salada, ese resplandor ingrátido”* (Cunningham; 2000, 49). Eso es lo que Laura anhela con toda sus fuerzas, con toda su vida, sentirse libre, fantástica, no desea las labores diarias de una ama de casa, ni sus derrotas ni sus alegrías; estas son demasiado complicadas y a la vez sencillas. Ella desea una vida solitaria una vida dedicada a un placer menos agobiante, desea la lectura como única forma de vida, la lectura para ella es como una puerta que abre la verdadera felicidad y la verdadera plenitud.

Pero a lo largo del día, de aquel día que pretende exponer toda la vida, todos los sueños, temores y odios de Laura, nos encontramos con un cambio radical en su forma de pensar y de asumir su papel. Al principio, junto a ese miedo y a esa culpa hacia la lectura se permite creer que existe ese lugar donde refugiarse, donde poder ser ella misma, como también pensar en ella misma como en una

mujer que puede ser otra, piensa inocentemente que ella *tiene una pincelada de genialidad* (Cunningham; 2000, 47). Es justamente al empezar a leer con necesidad, con avidez cuando siente que toda su vida está equivocada, en ese momento es cuando es conciente de su soledad y de su inconformidad; pero al mismo tiempo es cuando empieza a sentir cierta libertad y cierto ánimo para seguir con su vida, así tenga que renunciar a todo lo que anhela, o por el contrario para tratar de cambiarla radicalmente.

La lectura en la que se sumerge ansiosamente, que no es más que *La señora Dalloway* de Virginia Woolf, no sólo la persuade, le abre un horizonte, le permite alejarse, al mismo tiempo también le consiente dar ciertos comentarios, muy suyos en realidad, con toques de sentimentalismo y de tristeza. Piensa por ejemplo en quien escribió el libro, piensa, con cierta incredulidad, que aquella escritora, a pesar de su genialidad y su talento se suicidó: *“Laura se pregunta cómo es que alguien capaz de escribir una oración como esa –capaz de sentir todo lo que contiene una oración como esa- llegó a suicidarse”* (Cunningham; 2000, 47). Siente que de alguna forma ella misma, con sus límites podría pensar en hacer algo más, algo que le permita sentirse útil, piensa en la persona totalmente diferente que quiere llegar a ser. Pero también está fascinada con la sensación que le produce pensar que Virginia Woolf *“una mujer tan brillante, tan extraña, tan inmensurablemente triste. Una mujer que a pesar de su genialidad se metió una piedra en el bolsillo y caminó río adentro”* (Cunningham; 2000, 47). Al pensar, al considerar justamente en que el suicidio, que la muerte voluntaria puede estar de la mano de la genialidad o simplemente que el suicidio es algo que cualquiera puede cometer, Laura podría empezar a ser vista como una suicidaria.

En el interior de Laura, se encuentra una contradicción total entre lo que quiere ser y lo que le ha tocado ser. Su interior es un campo de batalla donde los sentimientos encontrados pretenden confundirla y llevarla hacia el extremo de pensar o en la locura o en la conformidad. Al no sentirse ella misma es vulnerable

y a su vez infinitamente infeliz. Su vida se escapa en la monotonía. La monotonía y la inconformidad, sumadas a los sentimientos que le genera el libro le permiten pensar en una salida. Poder encontrar en algún lugar al alcance el sitio anhelado que perdió años atrás.

Las salidas inmediatas al tedio o a la sensación de infelicidad o de desesperación permiten cierto grado de libertad y de claridad. Laura encontró en una habitación de hotel la posibilidad perdida de ser ella misma, de encontrarse con su verdadero ser perdido y dejar de preocuparse por su mundo cotidiano. Este gesto absurdo visto desde un punto de vista habitual adquiere en Laura un matiz de control y de decisión, hacerlo ratifica que en el fondo es autónoma, que el pequeño toque de genialidad en ella, puede ser algún tipo de libertad y de independencia aún desconocidas. Todo lo que Laura desea y necesita es evadir su realidad de cualquier forma, necesita sentirse otra, por eso incluso cuando conduce al hotel *“siente como si estuviera soñando o, más precisamente, como si recordara este paseo de un sueño de hace años. Todo lo que ve parece clavado al día como mariposas eterizadas clavadas en un tablero”* (Cunningham; 2000, 139). Todo lo que de alguna forma la tranquiliza lo encuentra pensando que es otra o que las cosas que se encuentran a su alrededor tienen un toque de irrealidad o de fantasía. No es locura, simplemente es la posibilidad de evasión por medio de un toque de fantasía.

Al escapar de su casa y refugiarse en un hotel siente por primera vez la emoción de sentirse completa, plena; en ese hotel *se encuentra tan lejos de su vida. Fue tan fácil* (Cunningham; 2000, 147). Lo que la motiva en este momento es la posibilidad inmediata con la que se encuentra de repente, sabe de improvisto que es demasiado fácil dejarlo todo atrás, es tan fácil como registrarse en un hotel. Es precisamente en ese hotel, en ese escape donde puede refugiarse en la lectura, donde se siente completamente un ser-para-la-muerte, se siente segura de la posibilidad de la muerte, la muerte como única salida para su mundo cotidiano. Su

vida llena de momentos que se repiten y se repetirán día a día hasta que se haga vieja y cansada le parece absurda y trivial. El momento pleno de la existencia de Laura, donde siente la verdadera fuerza motivadora de su ser, donde la angustia es tal que la muerte se presenta como la única alternativa aparece claramente luego de la lectura, es en ese preciso instante cuando la posibilidad del suicidio es tan real que no parece tener vuelta atrás en ese momento:

Morir es una posibilidad. Laura piensa de pronto que ella –que cualquiera- podría optar por algo así. Es un pensamiento temerario, vertiginoso, ligeramente incorpóreo; se anuncia dentro de su cabeza, leve pero claramente, como una voz que chisporrotea desde una lejana estación de radio. Podría decidir morir. Es una noción abstracta, titilante, no particularmente morbosa. Es en las habitaciones de hotel donde la gente hace cosas así, ¿no es cierto? Es posible –quizás incluso probable- que alguien haya puesto fin a su vida justo aquí, en esta habitación, en esta cama. Alguien dijo, basta, ya no más; alguien miró por última vez estas paredes blancas, el blanco techo liso. En un hotel, se da cuenta, uno puede dejar atrás los detalles de su propia vida e ingresar a una zona neutra, una habitación blanca y limpia donde no parece tan raro morir (Cunningham; 2000, 148).

Es justamente en este instante donde la muerte no se ve como algo extraña, algo lejana sino como algo palpable, algo cercano y familiar; así mismo es cuando su presencia se torna en un posible aliciente para la desesperación y para la impotencia ante la vida. Al pensarla plenamente como la posibilidad más grande del ser humano es cuando toma conciencia de su verdadera posición de ser-para-la-muerte, ya no se le teme, sabe que la muerte es la otra cara de la vida, de su vida. Es algo natural y real, más que real es posible. En este momento Laura tiene conciencia plena de la posibilidad de abandonarlo todo definitivamente. Se le presenta como algo que *“podría ser, profundamente reconfortante, algo liberador: irse sencillamente”* (Cunningham; 2000, 149). La idea del suicidio está plenamente elaborada, la reconoce como la única posibilidad de salida, la única oportunidad de ser libre. En ese momento se siente diferente se siente más allá de todo

presente, está en la zona neutra anhelada. Su posición ante el suicidio es verdaderamente lúcida. Laura piensa en el suicidio de una manera realmente hermosa, cierta y directa, para ella el suicidio es: *“decirle a todos: no podía más, no tienen idea; no quería seguir intentándolo”* (Cunningham; 2000, 148). En esto radica en verdad la grandeza del suicidio, no es rendirse, es tener la plena conciencia que no se puede más, que seguir intentándolo carece de sentido porque la vida, en ese momento, está vacía y es realmente agobiante. También es interesante lo que en aquel momento específico piensa Laura de aquellos que la rodean, de aquellos a los que, inevitablemente, afectará su muerte, porque lo difícil del suicidio es pensar en los que quedan, en los que deja el suicidante, aunque volviendo a Amery *“pronto olvidarán y seguirán su camino”*; Laura piensa que *“podría dejarlos a todos... diciéndose el uno al otro y a cualquiera que pregunte: Pensamos que estaba bien, pensamos que las tuyas eran las penas de todo el mundo, no teníamos ni idea”* (Cunningham; 2000, 149). Porque el universo del suicidio es oscuro para aquellos que pretenden conocerlo, porque por la mente de aquel que lo comete pasan un sinnúmero de razones válidas que nadie podría comprender y lo peor es que la soledad y la tristeza de quien lo lleva a cabo es tan grande y tan personal que nadie podría sentirla de la misma manera.

Pero no es suficiente tener plena conciencia de la posibilidad de liberación que el suicidio puede brindar, se necesita algo más que ayude a cumplir el acto. A Laura le falta la plena convicción de soledad y de impotencia, en su interior alberga la eventualidad de un cambio menos drástico, menos radical, es consciente, a su pesar, de que *ama la vida, hay momentos en que la ama desesperadamente* (Cunningham; 2000, 149). Deberá seguir, seguir en sus días idénticos, viviendo en la misma casa, compartiendo con un marido que en el fondo no ama ni desea, con un hijo que le hace replantear su vida a cada momento. Seguirá, pero lo hará con una nueva perspectiva puesto que *“no obstante, se alegra de saber (pues de alguna manera, súbitamente, lo sabe) que es posible dejar de vivir. Es reconfortante tener ante sí todas las posibilidades, sin temor y sin engaños”*

(Cunningham; 2000, 194). En este momento se convierte no en una suicida puesto que no cumplió el acto, sino plenamente en una suicidaria.

De otro lado, se podría hablar de un suicidio consumado si hablamos del suicidio como evasión. En el suicidio está implícita la negación total de la existencia, el truncamiento radical de la vida. También la posibilidad de liberarse conscientemente de la vida que no se quiere llevar. Laura logra algo parecido aunque no bajo el presupuesto de la muerte física. En el momento en el que sintió la posibilidad del suicidio como algo real y a la mano, concibió que esa era la forma como llevaría a cabo ese suicidio metafórico puesto que *“por un instante le parece que al ir al hotel se salió de su vida, y esta entrada, este garaje, le son absolutamente desconocidos. Estuvo lejos. Ha estado pensando afectuosamente, incluso anhelosamente, en la muerte”* (Cunningham; 2000, 184). Esa huida es exactamente la manera como llevará a cabo su suicidio, es en el pensar en la muerte y relacionarla con la huida donde siente plenamente que se escapa de su vida, que sale de ella, que la deja atrás. Laura se suicida huyendo, evadiéndose, dejándolo todo atrás. Ese es el suicidio: tener la capacidad para abandonar todo lo que se tenía. En este caso se toma el suicidio como evasión, para resaltar la posibilidad que le dejó el sentirse plena pensando en la muerte como complemento y totalidad. Es un suicidio metafórico, simplemente se toma en la medida en que se abandona la vida que lleva, deja abruptamente la vida que la llenaba de hastío y de impotencia, aquella que la ponía a prueba constantemente, sacando a la luz lo peor de ella. Más adelante en la novela nos damos cuenta de esta decisión radical tomada por Laura, aquella que se relaciona directamente con el suicidio como evasión, fruto de la imposibilidad de llevar a cabo el suicidio en su significación literal; cuando Clarissa se refiere a la mujer que tiene en frente como *la madre perdida, el suicidio fallido; he aquí a la mujer que se fue* (Cunningham; 2000, 208).

3.3. EL SUICIDIO CONSUMADO

Je souhaiterais vivre dans un monde où le suicide serait de règle sitôt commencement d'affaiblissement irréparable des facultés. Ceux qui s'y refuseraient pourraient vivre, mais
sans honneur

(Me gustaría vivir en un mundo donde el suicidio fuera la norma cuando comenzara el debilitamiento irreversible de las facultades. Los que a ello se negaran podrían vivir, pero
sin honor)

MARGUERITE YOURCENAR

Cuando en la vida irrumpe algo más agudo que la desesperación o la angustia, cuando el cuerpo es atacado por una fuerza extraña y altanera, en el momento en que una enfermedad mortal se introduce en un cuerpo vivo, al saberse presa fácil de la descomposición física y moral el suicidio puede parecer una opción más cercana que la de sentarse a esperar la inevitable muerte. Es morboso pensar en la aniquilación propia o en la aniquilación de alguien cercano, pero siempre la única muerte que podemos constatar vivamente, literalmente, es la muerte del otro; en palabras de Jankélévitch:

Queda la muerte en segunda persona, la muerte de alguien cercano, que es la experiencia filosófica privilegiada porque es tangencial a dos personas allegadas. Es la más parecida a la mía sin ser la mía, y sin ser para nada la muerte impersonal y anónima del fenómeno social. Es otro y no yo y, al mismo tiempo, es lo que me toca más de cerca (Jankélévitch; 2004,15).

Todos hemos visto a alguien morir, lo vemos diariamente aunque nunca prestamos la suficiente atención. Solo cuando la fatalidad toca nuestra propia puerta, cuando alguien realmente querido nos es arrebatado, es cuando pensamos realmente en la muerte, lo otro son suposiciones diarias y constantes. Pero también en ese instante somos impotentes, somos incapaces de decir o de

sentir algo realmente profundo, solo un inmenso dolor y un gran vacío oprimen nuestros corazones y nuestras almas.

Igual que en el suicidio, el enfermo mortal, o como se llama médicamente terminal sufre sus propias luchas, sus propios temores y desesperaciones. Nada sabemos lo que pueda ocurrir en la cabeza de alguien en un estado así. Lo único que podemos es suponer, tratar de entender lo que puede sentir y pensar alguien en tal situación. *Las horas* presenta dos ejemplos claros, dos muestras de lo que puede sentir alguien que se encuentra en el umbral de la muerte y que opta “heroicamente” por el suicidio.

Dos enfermedades atacan a dos personajes de la novela, Virginia Woolf y Richard Brown. Dos enfermedades distintas pero que tienen un rasgo en común: la locura. Metafóricamente la locura es utilizada para dar patetismo al término de la vida, simbólicamente se pretende mostrar un estado de locura y de insanidad, visto desde un punto de vista positivo. Es decir, paradójicamente, una locura cuerda. Puesto que ese loco simplemente tiene un punto de vista diferente, ha llegado a un estado tal que no es igual al de los demás, esa locura le imprime cierta teatralidad o cierta viveza de espíritu que le hace un poco más sensible, un poco más consciente. Se está loco pero al mismo tiempo cuerdo en el momento del acto suicida, en el momento que se da muerte por su propia mano.

Empecemos con Richard, el poeta. Atacado por una infame y poderosa enfermedad, Richard está sumido en la decadencia no solo física sino mental. Su cuerpo no es ya la fortaleza que fue en el pasado. Su vida transcurre en un apartamento en el que el tiempo y la desidia han hecho que lo material se funda con lo individual formando una gran masa imposible de reconocer y separar:

Richard, en el otro cuarto, permanece en su sillón. Las persianas están cerradas y las seis o siete lámparas están encendidas aunque su tenue producto apenas

igual a el poder de iluminación de una lámpara de escritorio ordinaria. En el rincón más alejado, Richard, con su absurda bata de franela (una versión adulta de una bata de niño, azul medianoche, cubierta de cohetes y de astronautas con cascos), se ve tan desolado y majestuoso como una reina ahogada que no se ha movido de su trono (Cunningham; 2000, 62).

Todo lo que pudo ser un futuro feliz y promisorio ha quedado atrás, no solo la posibilidad de vida, inclusive de humanidad se ha descartado. La vida simplemente se escapó, está vivo por complacencia, está vivo porque unas cuantas drogas mantienen un hilo de vida que no es en verdad vida. Simplemente es una existencia vegetativa donde la mente es infectada de recuerdos e imágenes que no existen, donde el cuerpo se ha abandonado a su propia descomposición y no se puede, no se quiere detener este inevitable proceso. La cara misma de la enfermedad se muestra en la no muy agradable descripción de un sillón, de un sillón que representa más que el estado de un mueble, el estado de su dueño, de quien lo usa, quien de tanto usarlo se ha llegado a parecer a él, como si se hubiesen fundido:

El sillón de Richard, en particular, es demencial; o, más bien, es el sillón de alguien que quizás no sea un demente pero que ha dejado que las cosas lleguen tan lejos, ha renunciado desde hace tanto a los cuidados normales –la higiene usual, la alimentación diaria- que resulta difícil establecer la diferencia entre la insania y la desesperanza- el sillón –un sillón de brazos cuadrado, viejo y con demasiado relleno que se balancea como un obeso sobre unas delgadas patas de madera rubia- está ostentadamente roto e inservible. Fue tapizado con una cosa nudosa, sin color, lanuda, cruzada (y de alguna manera ésta es su característica más siniestra) de hilos plateados. El sillón huele a fetidez, a humedad profunda, a falta de limpieza; huele a putrefacción irreversible (Cunningham; 2000, 64).

Cuando la enfermedad ha llegado a tal extremo es difícil llevar una vida *normal*, una vida aceptable ante los ojos de los otros. Ante la mirada inquisidora de la

sociedad que aún lo ve, no como un enfermo, sino como un despojo, como un traste más digno de ser olvidado. La enfermedad no solo degenera el cuerpo, degenera la familia o lo que pueda llamarse a las personas cercanas, las personas que alguna vez fueron parte esencial de la vida. En un momento específico, *cuando sus amigos más cercanos incluso piensan que ya murió* (Cunningham; 2000, 66), como este es muy difícil seguir llamando vida lo que se produce en ese cuerpo y lo que es peor, es difícil e inhumano tratar de mantenerla. Entonces ¿es tan descabellado pensar en el suicidio en un estado así? No.

En su mundo cerrado Richard ha perdido la noción de la realidad, del tiempo, de lo bueno o lo malo. Vive estancado en un pasado mezclado con voces e imágenes que le llegan y que se convierten en sus únicas compañeras. Sus días son un constante ir y venir en el tiempo, mezclando el pasado feliz con un presente tormentoso en el que, precisamente, acuden esas voces e imágenes para hacerlo soportable. No es preciso salir a la calle, no es necesario aparentar una vida normal cuando no es mucho lo que se puede hacer. Ya ni los triunfos ganados parecen ser un aliciente. Richard que es un poeta premiado, piensa que no puede *actuar con orgullo y valentía delante de todo el mundo se ve como “un despojo enfermo y demente que estira la mano temblorosa para recibir su trofeo”* (Cunningham; 2000, 67). Al perder todo aliciente se da cuenta de lo hipócrita que puede ser la sociedad, de lo injusta y de lo despiadada, se siente usado. En ese preciso momento se siente lúcido y dice: *“Recibí un premio por mi actuación. Recibí un premio por tener sida y por haberme vuelto loco y haber sido valiente; eso no tuvo nada que ver con mi obra”* (Cunningham; 2000, 67). Cuando la vida se torna monótona, cuando no hay esperanza de un futuro, ni bueno ni malo son muy pocas las opciones que se pueden sopesar. Solo queda una salida posible.

En este sentido, Amery nos muestra que en el momento previo al salto, en este caso literal, se presenta ante el suicida todo un cúmulo de sensaciones y de deseos que no se puede controlar, el pasado se mezcla con el presente, la

soledad y la locura parecen ser el único aliciente posible. Richard antes de suicidarse es consciente de lo innecesario de la lucha, de lo vano que sería seguir sometiéndose a la tortura de tratamiento de una enfermedad al parecer incurable. Su vida no puede mejorar, por el contrario seguirá en picada hasta llegar a un fondo desconocido pero terrible. El tiempo, los días interminables agobian a Richard, sabe que los días inevitablemente pasarán y teme enfrentarlos, teme hacerle frente al tiempo y a las circunstancias. No quiere nada más, olvida y no le importa que de repente pueda haber un día bueno entre los múltiples malos. No quiere la ceremonia, no quiere la fiesta que Clarissa le dará, no quiere un segundo más de vida. No puede enfrentarla, no quiere hacerlo:

-No se si pueda enfrentar esto –dice- Tú sabes. La fiesta y la ceremonia, y después la hora siguiente, y la hora siguiente.

-No tienes que ir a la fiesta. No tienes que ir a la ceremonia. No tienes que hacer nada en absoluto.

-Pero siguen estando las horas. Una y después otra y uno logra sobrevivir a ésa y después hay otra, dios mío. Estoy tan cansado.

-Sigues teniendo días buenos. Sabes que es así.

-No en realidad. Es muy gentil de tu parte decirlo, pero desde hace un tiempo la siento cerrándose a mi alrededor como las mandíbulas de una flor gigantesca. Qué analogía tan peculiar. Pero así es como se siente. Tiene una cierta inevitabilidad vegetal. Piensa en la venus comemoscas. Piensa en la enredadera ahogando el bosque. Es una especie de progreso jugoso, verde, floreciente. Hacia, bueno, tú sabes. El silencio verde. ¿No es gracioso que ni siquiera ahora sea fácil pronunciar la palabra “muerte”? (Cunningham; 2000, 191).

No hay vuelta atrás, no hay ni siquiera la mínima posibilidad de intentarlo. Richard lleva en si la idea suicida, para él no existe evasión, ni arrepentimiento. Solamente una salida, una salida y nada más. No quiere ni siquiera aferrarse a la vida, no quiere pensar en nada más. La muerte se instaló en él en forma de enfermedad, no quiere dejar que ella acabe con él, prefiere adelantarse un paso y hacer él

mismo el trabajo. Se piensa en sí mismo y se piensa en algún otro en el momento de un suicidio, siempre por más desesperado que esté quien se suicida, existirá un mínimo de lucidez para pensar en los que deja, en los que inevitablemente sufrirán. Pero nada se puede hacer, los muertos con el paso del tiempo se olvidan, tonto consuelo pero real.

Hasta el último momento la tristeza y la soledad fueron parte latente en la mente cansada y trastornada de Richard, quiso sentirse superior y fracasó mundanamente, quiso crear y resultó destruyéndose a sí mismo, quiso amar pero le pudo la muerte:

-He fracasado.

-Deja de decir eso. Tú no has fracasado.

- Sí. Lo hice. Y no quiero que me compadezcan. No realmente. Es sólo que me siento tan triste. Lo que yo quería hacer parecía sencillo. Quería crear algo lo suficientemente vivo e impactante como para que pudiera compararse con una mañana en la vida de alguien. La mañana más común. Imagina, tratar de hacer eso. Qué tontería (Cunningham; 2000, 193).

Si existe genialidad está escondida dentro de cada persona con un toque de sensibilidad y de soledad. Richard contaba con ella pero tenía que morir, tenía que detener las horas que inevitablemente se sucederían unas a otras. No se puede vivir pensando que el tiempo puede detenerse, no se puede vivir cuando se quiere ir hacia atrás, cuando se pretende partir de nuevo, desde el pasado anhelado.

Richard amó hasta su último momento de vida, con todas sus fuerzas, pero lamentablemente el amor no es otra razón para mantener vivo un cuerpo que desea morir, el amor no es más que un consuelo. La muerte, el deseo de muerte en algunas personas puede más que cualquier otra promesa. Sólo la muerte es la promesa que en verdad puede ser cumplida:

-Has sido tan buena conmigo, señora Dalloway.

-Richard...

-Te amo. ¿Suena gastado?

-No.

Richard sonríe. Mueve la cabeza.

-No creo que haya dos personas que hayan sido tan felices como nosotros lo fuimos –dice.

Se inclina hacia delante, se resbala suavemente del alfeizar y cae.

Clarissa grita.

-No (Cunningham; 2000, 193).

Y así termina la vida de Richard cayendo cinco pisos abajo en un suelo frio y duro. En su último momento de lucidez tuvo tiempo de dar una palabra de aliento inaudible, se vio feliz y supo que, a su manera, hizo feliz. Simplemente no quería seguir una vida que iba a transformar esa felicidad pasada en una eterna agonía esperando la muerte, que llegaría con consecuencias desastrosas para ambos. Prefirió morir, prefirió ahorrarse el sufrimiento, pero sobre todo prefirió ahorr rselo a Clarissa. Hasta en el suicidio, acto vil para muchos, existe un ápice de humanidad para con el otro, no solo se pretende tratar de estar tranquilo al morir, se pretende ingenuamente dejar a los demás tranquilos tras la muerte. Algo imposible pero no del todo tan desnaturalizado y aberrante como parece. Aunque Richard estaba enfermo mortalmente en el momento literal de su salto parece haber encontrado una luz y una claridad en lo oscuro de su mente quebrantada, como si aquella luz que entrevió en su penumbra personal le hubiese dado el valor de alcanzar por fin aquella oscuridad que en palabras de Jean Amery se encuentra más allá del umbral.

Por otro lado, en el prólogo de la novela encontramos un personaje que es mezcla entre la ficción y la realidad. Es un personaje histórico que en la novela es composición con ficción literaria: Virginia Woolf, aquella escritora que como pensaba Laura Brown era una mujer extremadamente triste con una genialidad y una sensibilidad que no fueron suficientes para impedir que se metiera piedras en

un bolsillo de su abrigo y se sumergiera en un río de aguas heladas. Virginia se debatía al igual que Richard entre una especie de locura y momentos de lucidez realmente brillantes. También víctima de una enfermedad, menos mortal e infame que la de Richard, pero no por ello carente de importancia, sucumbió ante un mundo que se estrechaba cada vez más.

Virginia es importante en la medida en que el acto suicida da cuenta no sólo de la lucidez momentánea (aunque rodeada de una locura imposible de detener), sino también del trasfondo sentimental y la necesidad de disculparse de cierta forma ante los que quedan. Es decir, es importante en la medida en que permite entrever la urgencia del suicida por tratar de no culpar a nadie de su muerte. Es difícil pero no imposible, ya se ha dicho que tras una muerte son muchos los que quedan, los que se sentirán culpables y más si es después de un suicidio. Lo urgente es descifrar en el suicida el deseo de culparse a si mismo, de decir que fue su decisión, de tratar desesperadamente que se le entienda y que se le perdone su acto, sobre todo que se le entienda porque el perdón se encuentra muy distante. Así como es imposible meterse en la mente de un suicida, leer línea a línea sus pensamientos lo es más el tratar de descifrar lo que siente y padece alguien cercano al suicida. Al igual que con la muerte hay que vivirlo en carne propia, o lo que es más evidente, hay que entenderlo en carne propia. Es decir todo será suposición.

El suicidio en Virginia está acompañado de la locura y de la desesperanza. La locura en Virginia es casi palpable, sus momentos de crisis son acompañados con voces dentro de las paredes, con indecibles e incontrolables dolores de cabeza que opacan sus pocos momentos de tranquilidad y de cordura. No se siente con fuerzas para continuar así. Una vez más el suicidio aparece como una forma viable para detener un sufrimiento y una desazón constante:

(Virginia) Fracasó y ahora las voces han regresado, murmullos indescifrables que empiezan justo donde acaba su campo de visión, detrás de ella, aquí, no, apenas se da la vuelta se van a otra parte. Las voces han regresado y el dolor de cabeza que aplastará lo que sea que es ella y la reemplazará (Cunningham; 2000, 14).

El suicida siente que fracasó y que es inevitable, que nunca logrará superar lo perdido o lo nunca alcanzado. Virginia lo dio todo, hizo lo que estaba a su alcance pero no fue suficiente, decidió ponerle fin al sufrimiento propio pero también al sufrimiento de su marido y de su hermana. En un último momento de lucidez decide dar marcha atrás, abandonar el plan diseñado para su muerte:

Piensa en Vanessa, en los niños, en Vita y en Ethel: son tantos, todos fracasaron, ¿verdad? De pronto siente una inmensa pena por ellos. Se imagina dando la vuelta, sacando la piedra de su bolsillo, regresando a casa. Probablemente llegaría a tiempo para destruir las notas. Podría seguir viviendo: podría llevar a cabo este último acto de bondad. De pie, con el agua que le llega hasta las rodillas remolineando a su alrededor, resuelve no hacerlo. Las voces están aquí, el dolor de cabeza se acerca y si ella vuelve a someterse al cuidado de Leonard y de Vanessa, no la dejarán ir (Cunningham; 2000, 14).

Al igual que Richard, Virginia siente la necesidad de disculparse por lo que va a cometer, pero a diferencia de éste que en último instante habló con Clarissa, Virginia decide dejar notas, explicar por escrito (quizá su talento más grande) lo imposible e imprudente que sería seguir viviendo. A lo largo de la historia siempre junto al suicidio hay una nota, una carta en la que se pretende explicar el por qué de la decisión, pero también una voz a veces inaudible de consuelo y de esperanza para los que quedan. La carta de Virginia que existe en verdad y es una muestra de lo terrible que debe ser el momento de lucidez previo a la muerte es también un elemento de una belleza excepcional, una muestra de lo implacable que es la vida y de lo realmente impotente que se puede sentir el ser humano ante las circunstancias que se le escapan de las manos:

Mi querido:

Siento con absoluta seguridad que me estoy volviendo loca de nuevo; siento que no puedo volver a pasar por esos momentos terribles. Y no podré recuperar ese momento. He empezado a oír voces y no me puedo concentrar. Así que voy a hacer lo que creo mejor. Me has dado toda la felicidad posible. Lo has sido todo para mí. No creo que haya habido dos personas más felices que nosotros, hasta que llegó esta terrible enfermedad. No puedo luchar más, sé que estoy arruinando tu vida, que sin mí podrías trabajar. Y lo harás lo sé. Como verás ni siquiera puedo escribir esto bien. No puedo leer. Lo que quiero decirte es que te debo toda la felicidad que ha habido en mi vida. Has sido completamente paciente conmigo e increíblemente bueno. Quiero decirte que... todo el mundo lo sabe. Si alguien hubiera podido salvarme, ese habrías sido tú. Todo se aleja de mí excepto la certeza de tu bondad. No puedo seguir arruinando tu vida. No creo que haya habido dos personas más felices que nosotros (Cunningham; 2000, 15).

El suicida siempre querrá atraer para sí la culpa. Preservar al mundo de toda responsabilidad. Nadie puede salvar al suicida, nadie. Cuando el suicida piensa que va a hacer lo mejor, no hay marcha atrás, todo está dicho. Sólo él sabe en qué momento y cómo lo va a ejecutar, solo en su mente se fragua todo un plan minucioso, toda una obra maestra de ejecución, puesto que ningún suicidio por muy imprevisto que parezca ha sido ejecutado porque sí, en un arrebato momentáneo. No. Todo suicidio lleva tras de sí un proceso meticuloso de pensamiento y de decisión. Por eso como dice A. Álvarez el suicidio siempre será un mundo cerrado, al que pocos tienen la posibilidad de entrar y de decir lo que allí vieron. Unos morirán en un primer intento, otros fracasarán al intentarlo, otros seguirán intentándolo hasta conseguirlo. Lo cierto es que el suicidio seguirá siendo parte fundamental de la sociedad.

Por último, no todo suicida es malo o inhumano. Simplemente sobre su cuerpo pesa una carga superior a la de los demás, o puede que no superior, pero si

imposible de sobrellevar. No hay culpables en el suicidio, nadie lo es. Es imposible no culparse, pero sería muy descortés si no se hiciera. Ante un suicida se debe pensar con respeto y con una especie de humilde admiración y de envidia. Y por qué no pensar que hubiésemos podido salvarle aunque eso haya sido imposible. El suicidio siempre será algo incontrolable, impensable e indescriptible, solo se podrá hablar de él con respeto y con muchas suposiciones. El suicidio al igual que la muerte es un tema que siempre maravillará y siempre será muy corto el lenguaje para tratar de expresarlo. Nos gustaría pensar que en el fondo todo suicida al momento de morir le pide perdón a la vida, le pide perdón al mundo entero, todo suicida aunque no lo sea, se sentirá culpable y se sentirá vencido. Por ello no podemos dejar de pensar en lo que un suicida puede considerar en el momento previo, solo puedo asociarlo con la despedida de un personaje novelesco de Marguerite Yourcenar (1985) al despedirse de su amada, en una carta que bien podría ser parafraseada por cualquier suicida diciendo: *“Te pido perdón, lo más humildemente posible, no por dejarte, sino por haberme quedado tanto tiempo”*. Se le pediría perdón a la vida misma, por no haber sido capaces de dejarla antes si nos sentíamos imposibilitados de vivirla.

4. CONCLUSIONES

Puede un sencillo día en la vida de cualquiera mostrar la totalidad de la existencia de alguno de los personajes de *Las horas* y, basta un simple día para abarcar toda una vida. Es necesario decir que la vida es un intrincado laberinto de emociones, una inmensa red de sentimiento que pueden salir a la luz en un solo día; un momento preciso puede desencadenar un mar de emociones que traerán el pasado feliz, o infeliz y mezclarlo con el presente dejando toda la vida expuesta. Basta un solo momento para que nos asalte la pregunta por la existencia, la pregunta por la pertinencia, por la necesidad de la existencia. Vale la pena vivir, es una pregunta que ha estado en la mente del ser humano desde siempre, es justamente esa pregunta la que debe ser el punto de partida de todo acercamiento al verdadero sentir humano. De muchas formas se ha tratado de dar respuesta, algunos la responden creando, otros destruyendo, pues finalmente todo es creencia y convicción. Lo cierto es que tras la apariencia de la vida, se esconde un abismo infranqueable, cada uno debe ser capaz de sortearlo de la mejor manera, puede rendirse o puede salir ileso.

La soledad al ser uno de los rasgos más especiales del ser humano brinda la posibilidad de entender muchas cosas que se escapan a simple vista, ya que no es solo un estado, no es solo un sentimiento, todo lo contrario es una posición, es una manera de enfrentar la vida, de enfrentar el mundo. No todos ven la vida como una tragedia o como una imposibilidad, muchos aman demasiado la vida, muchos anhelan con ansias el día de mañana, pero algunos piensan más allá que el momento presente, aquellos que tienen dentro la pregunta existencial verán el mundo de una forma diferente. Ver la vida desde la perspectiva del pesimismo y de la angustia abre otras posibilidades, muchas de ellas fatídicas, pero otras por el contrario llenas de posibilidad. El ser humano no es solo felicidad, pero tampoco es sólo tragedia. El pensamiento, la necesidad de preguntar puede dar luces, pero muchas veces esos caminos que se abren pretenden maquillar la soledad,

pretenden ocultar otros sentimientos más tenaces y profundos. Si el hombre vive, debe ser también consciente de muchas otras cosas que no sean la inmediatez o la felicidad aparente. Dar ese paso, ver la vida desde una perspectiva interior puede ser el resultado de la verdadera introspección, muchas veces se pretende abarcar el universo con un pensamiento olvidándose que el universo de la vida es más extenso que cualquier otro.

La pregunta por la vida siempre estará cercana a la pregunta por la muerte, morir es lo más natural del mundo. No es morboso tratar de pensar la muerte, no lo es. Simplemente es algo que parece absurdo, lo que no se tiene en cuenta es que la muerte es algo inherente, que morimos un poco cada día, que cada día nos acercamos más a la nada, pero intentamos ocultarla, callarla. En fin, la muerte es un punto de llegada, solo hay un camino para llegar a ella: la vida. Muchos encontrarán en ese camino posibilidades variadas, huir, vivir, crear, escribir, pensar. Solo hay una vida y está a la mano de todos. Siempre existirá la salida fácil, el suicidio. El suicida será estigmatizado, será olvidado. Pero siempre existirá el suicidio como una salida, como una posibilidad.

Sí, la pregunta existencial puede generar múltiples consecuencias en aquellos que se atreven a formularla verdaderamente. Un solo día bastará para darse cuenta si es pertinente o no vivir. El hombre seguirá sobre la tierra, creando, destruyendo, amando amaré. Pero siempre llevará consigo la nada, el vacío que lo hará pensar que todo está bien como está, o cambiar radicalmente su manera de vivir o de morir.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ALVAREZ, A (1999) El dios salvaje: un estudio del suicidio. Santa Fe de Bogotá: Norma.
- AMERY, J. (2005) Levantar la mano sobre uno mismo. Valencia: Pre-Textos.
- BORGES, J.L. El suicida. En: La rosa profunda. En obras completas volumen III (p. 108) Bogotá: Editorial Planeta.
- CIORAN, E.M. (1997) Breviario de podredumbre. Madrid: Santillana.
- CUNNINGHAM, M (2000) Las horas. Bogotá: Editorial Norma.
- FREUD, S (1979) Más allá del principio del placer. En Obras completas Volumen XVIII (pp. 7-62) Buenos Aires: Amorrortu editores.
- FREUD, S. (1988) El malestar en la cultura. En Obras completas Volumen XXI (pp. 65-140) Buenos Aires: Amorrortu editores.
- HEIDEGGER, M. (2001) El concepto del tiempo. Madrid: Editorial Trotta.
- HEIDEGGER, M. (2003) Ser y tiempo § 29. § 40. Madrid: Editorial Trotta.
- JANKÉLÉVITCH, V (2004) Pensar la muerte. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LEVINAS, E (1993) El tiempo y el otro. Buenos Aires: Paidós.
- PAZ, O (2000) El laberinto de la soledad. México: Fondo de Cultura Económica.
- SARAMAGO, J (2008) Ensayo sobre la ceguera. México: Alfaguara.
- SARTRE, J.P. (1948) Las moscas. Buenos Aires: Editorial Lozada.
- WOOLF, V (1975) La señora Dalloway. España: Editorial Lumen.
- YOURCENAR M. (1983). Fuegos. Madrid: Alfaguara.
- YOURCENAR M. (1985). Alexis o el tratado del inútil combate. Madrid: Alfaguara.
- YOURCENAR M. (1999). Sources II. París: Gallimard.